CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMATICA.

COLECCION DE OBRAS

REPRESENTADAS CON APLAUSO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.

escuela de maestros

MADRID:

RIOS, MONIER, CUESTA.

12

CATALOGO *de las obras dramáticas de la propiedad del* CIRCULO TERARIO COMERCIAL, *estrenadas últimamente en los Teatros esta corte.*

DRAMAS

EN TRES ó MAS ACTOS.

El fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El donativo del diablo.
La hija de las flores ó todos están locos.
El valor de la mujer.
La fuerza de voluntad.
La máscara del crímen.
La Estrella de las Montañas.
La ley de raza.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Andrés Chenier.
Adriana.
La ley de represalias.
El ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo.*
El Trovador, *refundido.*
Cristobal Colon.
Un hombre de estado.
El primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza Republicana.
Mauricio el Republicano.
Doña Juana la Loca.
El Hijo del Diablo.
Sara.
García de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS

EN TRES ó MAS ACTOS.

Sullivan.
El peluquero de Su Alteza.
La consola y el espejo.
El rábano por las hojas.
Tres al saco...
Un inglés y un vizcaino.
A Zaragoza por locos.
Los presupuestos.
La condesa de Egmont.
La escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los millonarios.
Los cuentos de la reina de Navarra.
El hermano mayor.
Los dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita
¡Quién es ella?
Memorias de Juan García.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La Ceniza en la frente.
Un Matrimonio á la moda.
La Voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero.
A quien Dios no le dá hijos...
La nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficialito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.
Achaques del siglo actual.
Un Hidalgo aragonés.
Un Verdadero hombre de bien.
La Esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, Hijo!
No se venga quien bien ama.
La Estudiantina.
La Escala de la fortuna.
Amor con amor se paga.
Capás y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El Buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los Primos.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
La Amistad ó las Tres épocas.
El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

Los pretendientes.
Los dos amores.
Deudas del alma.
Pipo.
Las diez de la noche.
El Congreso de Jitanos
El Preceptor y su muger
La Ley Sálica.
Un casamiento por hambre.
Antes que todo el honor
¡Un divorcio!
La hija del misterio.
Las cucas.
Gerónimo el Albañil.
María y Felipe.

EN UN ACTO.

El chal verde.
Como usted quiera.
Un año en quince minutos
Un cabello!
El don del cielo.
La esperanza de la Patria,
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una apuesta.
¿Cuál de los tres es el tio
La eleccion de un diputa
La banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al di
Una ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El Tio Zaratan.
Los tres ramilletes.
El Corazon de un bandido
Treinta dias despues.
Cenar á tambor batiente
Las jorobas.
Los dos amigos y el dot
Los dos compadres.
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellid
Clases Pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
Estrupicios del amor.
Mi media Naranja.
¡Un ente singular!
Juan el Perdío.
De casta le viene al gal
¡No hay felicidad compl
El Vizconde Bartolo.
Otro perro del hortelan
No hay chanzas con el a
¡Un bofeton... y soy dich
El premio de la virtud.
Sombra, fantasma y mu
Cuerpo y sombra.
Un Angel tutelar.
El turron de noche-buen
La Casa deshabitada.
Un Contrabando.
El Retratista.

LA ESCUELA DEL MATRIMONIO,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Representada en el Teatro del Drama.

N.° 169.

MADRID—1851.
IMPRENTA Á CARGO DE C. GONZALEZ: CALLE DEL RUBIO, N. 14.

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://www.archive.org/details/laescueladelmatr00bret

Esta obra es propiedad del CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó la represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones, ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de abril de 1839, 4 de marzo de 1844, y 5 de mayo de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

PERSONAS.	ACTORES.
LUISA.	Doña Teodora Lamadrid.
LA CONDESA.	Doña María Rodriguez.
MICAELA.	Doña Lorenza Campos.
CARLOTA	Doña Concepcion Ruiz.
EL GENERAL.	Don Joaquin Arjona.
DON EUSEBIO.	Don Manuel Ossorio.
EL CONDE.	Don Enrique Arjona.
EL BARON.	Don Fernando Ossorio.
DON LUCIANO.	Don Manuel Nogueras.
DON FEDERICO.	Don José Alisedo.
MARTIN.	Don Mariano Serrano.

Damas, Caballeros, Criados.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de Luisa. La puerta principal, á la derecha del actor; otra en el foro: un balcon en los bastidores de la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

LUISA. DON LUCIANO.

LUCIAN. Celebro con vida y alma,
bella, interesante Luisa,
que me proporcione usted
ocasiones de servirla...
LUISA. (*Sentándose.*)
Gracias, señor don Luciano.
Acerque usted una silla...
LUCIAN. (*Sentándose.*)
Aplaudo la confianza
y estimo la cortesía.
LUISA. No hay nada aquí que estimar.
Yo no acostumbro...

LUCIAN. ¡Ay, amiga!
Hoy...
LUISA. Á negar un asiento
á los que me hacen visita...
LUCIAN. ¡Oh! pero...
LUISA. Y menos á usted
que es mi banquero...
LUCIAN. Y sería
de buena gana...
LUISA. ¡Qué flujo
de interrumpirme!
LUCIAN. (¡Qué linda!)
LUISA. (*Con seriedad.*)
Vamos, ¿qué seria usted?
LUCIAN. Nada, porque es tontería...
(Me corta cuando se pone
tan séria.) Mas ¿quién no envidia
la suerte de don Miguel...
LUISA. ¿Y por qué á la propia dicha
no aspira usted?
LUCIAN. ¿Que no aspiro?
¿En qué pienso noche y dia
sino en... Pero usted...
LUISA. (*Séria.*)
Eh?
LUCIAN. Nada.
LUISA. (Lo tomaremos á risa.)
Ya; usted se propone entrar
en el gremio...
LUCIAN. ¿Eh? (¡Dios me asista!)
LUISA. Y á fuer de amiga sincera
querrá usted que yo le elija
la novia.
LUCIAN. Perdone usted:
no quiero tal.
LUISA. Pues creia...
LUCIAN. No hay dos Luisas en el mundo.
LUISA. ¡Jesus! Como la polilla
abundan. ¡Si tengo yo
mas tocayas...
LUCIAN. Infinitas;
pero, aunque hayan recibido
el mismo nombre en la pila,
no tienen esos ojuelos...
LUISA. Claro está.

LUCIAN. Que el alma hechizan,
ni esa gracia...
LUISA. Hoy está usted
muy galante.
LUCIAN. Yo...
LUISA. ¡Un bolsista!
Es singular.
LUCIAN. Pues acaso
¿hay alguna antipatía
entre la bolsa y el alma?
LUISA. No; que antes se identifican
tanto en algunas personas,
que son una cosa misma.
LUCIAN. (¿Será pulla?)
LUISA. Mas no el alma,
el labio es solo quien dicta
tan cortesanas lisonjas.
LUCIAN. No son lisonjas las mias.
LUISA. Pues lo siento, don Luciano,
porque á llamarlas me obliga
usted...
LUCIAN. ¿Agravios tal vez?
LUISA. (*Sonriéndose.*)
No. Impertinencias ridículas.
LUCIAN. ¡Ah, señora! Yo... Mi... Cuando...
LUISA. Basta ya de niñerías.
Necesito...
LUCIAN. ¡Ah! Pida usted
cuanto quiera; mande, exija...
Sea yo para algo bueno
un Creso, un Fúcar, un Midas...
LUISA. Gracias. Hay dinero en casa.
Solo quiero una letrita
de cien duros...
LUCIAN. ¡Friolera!
Á diez veces esa cifra
sube la cuenta corriente
de ustedes; pero vacías
dejaria yo mis arcas...
LUISA. Gracias. Ni eso pediria
á no tener precision
de remitir á Algeciras
la letra. Quiero enviar
ese socorro á una prima
de mi marido que se halla

necesitada.

LUCIAN. ¡Oh benigna,
generosa criatura...

LUISA. ¡Eh! ¿qué vale eso? Él haría
otro tanto en mi lugar.—
Su nombre es doña Casilda
Suarez.— Apúntelo usted.

LUCIAN. (*Sacando su cartera y escribiendo en ella.*)
Está muy bien.

LUISA. Á la vista.

LUCIAN. ¿Valor en cuenta...

LUISA. Valor
recibido de la misma.

LUCIAN. ¡Rasgo sublime...

LUISA. ¡Eh! lo ahorro
de perfumes y de cintas.

LUCIAN. Y mi señor don Miguel
¿qué hace? ¿Tiene usted noticias...

LUISA. Sigue bueno.

LUCIAN. ¿Cuándo vuelve
de París?

LUISA. No hay cosa fija...
Luego que haya concluido
la comision que le fia
el Gobierno.

LUCIAN. Es todo un hombre
mi amigo; gran estadista...
Estará impaciente ya
por regresar á esta villa
heróica.

LUISA. Así lo supongo.

LUCIAN. Es natural que le aflija
la ausencia de tan perfecta
consorte.

LUISA. Yo... (Me fastidia.)

LUCIAN. Apuesto cualquiera cosa
á que ahora se cambiaría
por mí.

LUISA. (Ni ahora ni nunca.)
(*Levantándose, y tambien don Luciano.*)
Ruego á usted que me permita...
Tengo huéspedes en casa...

LUCIAN. ¿Vino ya de Andalucía
el General...

LUISA. Sí, señor.

LUCIAN. ¿Con su mujer?
LUISA. Sí.
LUCIAN. Una niña,
segun me han dicho.
LUISA. En efecto.
LUCIAN. ¡Y él machucho... ¡Hum!.. ¿Es bonita?
LUISA. ¡Oh! mucho.
LUCIAN. Vendré á ofrecerles
mis respetos y mi fina
atencion..., basta que sea
amigo de la familia...
LUISA. Ciertamente.—Pero ahora
la letra...
LUCIAN. No se me olvida.
Daré el encargo ahora mismo
á un corredor.
LUISA. Bien.
LUCIAN. (¡Monísima!)
Adios. (Volveré á la carga.)
LUISA. Abur.
LUCIAN. (*Yéndose.*)
(Todo se cotiza...
Soy el hombre de Madrid
si hago tan buena conquista.)

ESCENA II.

LUISA.

No hay duda; me hace la córte,
y si da en ser tan moscon
me pondrá en la posicion
de expedirle un pasaporte.
Porque á la bolsa y al ágio
debió lo que á tantos falta,
no hay para él virtud tan alta
que se libre del naufragio.
Su oro...
MICAEL. (*Dentro.*)
Sin recado prévio
entraremos...

LUISA. ¿Quién...
MICAEL. (*Dentro.*)
Me trata
sans façon.
LUISA. ¡La literata
con su mártir don Eusebio!

ESCENA III.

LUISA. MICAELA. DON EUSEBIO.

MICAEL. (*Besando á Luisa.*)
¡Mi cara amiga!
EUSEBIO. Señora...
LUISA. ¡Micaela! Caballero...
Siéntense ustedes.
MICAEL. Reitero.
(*Vuelve á besarla.*)
LUISA. (Tanto besar me encocora.)
(*Se sientan.*)
MICAEL. Esta noche, ya se entiende,
irá usted al baile...
LUISA. Sí.
MICAEL. De la condesa, y allí
nos hemos de ver. Por ende,
no es hoy á la amable Luisa
á quien con mi dulce amor...
EUSEBIO. (¡Ay!)
MICAEL. Vengo á ver.—¿El señor
General...
LUISA. No está. Fué á misa.
MICAEL. ¿Y su señora?
LUISA. Tambien.
MICAEL. Es amigo antiguo.
LUISA. ¿Sí?
MICAEL. Teniente le conocí...
EUSEBIO. (¡Gran Dios!)
MICAEL. Estando en Jaen.—
Dicen que es verde renuevo
la que al yugo le sujeta.
LUISA. Bien podria ser su nieta.
MICAEL. Sí; el General ya es longevo.

No obstante, si simultáneos
los génios se lisonjean,
poco importa que no sean
los cónyuges coetáneos.

EUSEBIO. (¡Ah!)

MICAEL. Puede haber cualidades
en quien sus aras inciense
con que Himeneo compense
la diferencia de edades.

EUSEBIO. (¡Oh!)

MICAEL. Dígalo este mancebo.
Me ama con idolatría,
y, aunque nadie lo diría,
una década le llevo.

LUISA. (¡Como dos!) Niña es Carlota,
mas gemía en la horfandad,
y hoy ensalza su humildad
el esposo que la dota.

MICAEL. Cierto.

LUISA. Aunque hoy no tiene mando,
es Teniente general...

MICAEL. Ya sé...

LUISA. Y Senador...

MICAEL. Si tal.

LUISA. Y gran cruz de San Fernando.

MICAEL. Muy bien; mas si hay indigencia
de criterio y si anda escasa
la...

LUISA. ¿Cómo?

MICAEL. ¿Qué tal lo pasa
de talento Su Escelencia?

LUISA. ¡La pregunta es singular!
De su fama se colige
que no le falta el que exige
la carrera militar.
Y nada debe al favor,
que todo se lo ha ganado
con su sangre y grado á grado
en el campo del honor

MICAEL. En las escuelas de Marte
no disputo su pericia,
mas la conyugal milicia
tiene su táctica aparte;
y en ella quizá es un nécio
quien pudiera dar lecciones

á Aníbales y Escipiones
y á Polibio y á Vejecio.
No en todos el don abunda
de perpetuar los amores
cubriendo de gayas flores
de Himeneo la coyunda.
¡He aquí el esposo feliz
que darme á los cielos plugo!

EUSEBIO. (¡Ay!)

MICAEL. ¿Por ventura, mi yugo
es molesto á su cerviz?—
¡Que lo diga!

EUSEBIO. No.

LUISA. (¡Pobre hombre!)

MICAEL. Dulce y tierna simpatía
nos enlazó...

EUSEBIO. (¡Suerte impía.)

MICAEL. Para que Madrid se asombre.
Recíproco amor asíduo
nos identifica.

EUSEBIO. (¡Ay Dios!)

MICAEL. Diríase que los dos
somos un solo individuo.
Su llama es algo pasiva...

LUISA. Ya.

MICAEL. Y su culto reverente.
¿Por qué? Porque el ascendiente
de mi génio le cautiva.

LUISA. Sin duda...

MICAEL. Pero eso basta,
pues para mí le secuestro.

EUSEBIO. (¡Oh!)

MICAEL. Yo impulsada del estro,
segunda Safo entusiasta,
sobre la trípode monto
y en su loor articulo
versos dignos de Tibulo
y del que gimió en el Ponto.
Ya un soneto le consagro
donde firme como un muro
mi fidelidad le juro...

LUISA. ¿Sí? (¡Mire usted qué milagro!)

MICAEL. Ó ya en voluptuoso idilio
muestro que no me rehusa
su blando influjo la musa

de Teócrito y Virgilio.
No así el veterano yerto
con mimos y poesías
embellecerá los dias
de Carlota.

LUISA. No por cierto.
Es celoso y suspicaz.

MICAEL. Compadezco su locura.
¿Y ella...

LUISA. Es la suma dulzura.

MICAEL. Poco durará la paz.
(*A don Eusebio.*)
No temas, dulce embeleso,
de mi pasion tan bastarda.—
Pero, una vez que retarda
el General su regreso,
(*Se levanta y saca un librito de memorias.*)
voy á acabar el idilio
que esta mañana empecé.
(*A Luisa.*)
si me lo permite usté
y Apolo me da su auxilio.

LUISA. Dueña es usted...

MICAEL. Gracias.—Sí;
te dejo á solas con ella
siendo jóven y tan bella.
¡Tanto fio en tí!

LUISA. (*Sonriéndose.*)
Y en mí.
(*Váse Micaela por el foro.*)

ESCENA IV.

LUISA. DON EUSEBIO.

EUSEBIO. (¡Respiro!)

LUISA. (Es estravagante
si las hay.) ¡Dichoso usted,
don Eusebio!

EUSEBIO. (*Con amargura.*)
¡Ah! sí, señora.

LUISA. Doy á usted mi parabien.
EUSEBIO. Muchas gracias.
LUISA. Micaela
es una Porcia, una...
EUSEBIO. ¡Pues!
LUISA Vivirá usted en la gloria
con ella.
EUSEBIO. Sí; ya se vé.
LUISA. Tierna, apacible, erudita...
EUSEBIO. ¡Oh! Sí, sí; ¡es mucha mujer
la mia!
LUISA. Y de noble cuna.
EUSEBIO. ¡Oh!
LUISA. Y muy rica.
EUSEBIO. ¡Digo! Miel
sobre hojuelas. Tal me embriaga
el exceso del placer,
que el dia menos pensado
me echo al gañote un cordel.
LUISA. ¡Qué dice usted!
EUSEBIO. ¡Ay, señora!
Callo y sufro. ¿Qué he de hacer?
Mas sería yo el modelo
de la humana estupidez
si á solas no maldijese
la hora en que me casé.
¿Qué me importan sus riquezas
si no han de endulzar la hiel
de mi despecho? ¿Qué importan
los quilates de su fé
si yo no puedo olvidar
la de su bautismo? ¿Y quién
de su amor empalagoso
resiste la pesadez,
y ese aire de celestial
benevolencia cruel
con que se humilla y me pudre,
y el pedantesco almacen
de los tropos y figuras
que ensarta de diez en diez,
y sus idilios, en fin,
que maldiga Dios, amén?
LUISA. ¿Será posible?... Pues ella
me ha dicho mas de una vez
que usted la solicitó...

EUSEBIO. Cierto : pero aquello fué
un vértigo, una locura...
Mal he dicho : una sandez...
Solo á usted confiaria,
Luisa amable, solo á usted
que es un ángel...

LUISA. Nada de eso.
Amiga sincera y fiel...
Siga usted.

EUSEBIO. Yo amaba á otra
casi desde la niñez ;
á una jóven, cuyo mérito
no debo aqui encarecer;
baste decir que conformes
nuestras almas, y tambien
las circunstancias de entrambos,
lazo hubiera sido aquel
el mas feliz... ¡Oh memorias!
Enemigo de mi bien,
con falaces apariencias
me fascinó Lucifer.—
Era en Sevilla. Una noche
yo ví...—¿por qué no cegué
primero!—á un hombre embozado,
que apenas pone los piés
misterioso en los umbrales
de la hermosa que adoré,
la puerta, á mi amor cerrada,
franca se abrió para él ;
y en sus brazos le recibe
con el mas dulce interés ;
y tras de él la puerta amiga
veo cerrarse otra vez.—
Vista su aparente infamia,
quédese para quien es,
dije, y sin verla ni oirla
me encaramo al cabriolé
de la primer diligencia
que hace rumbo á este Belen
de Madrid, donde el consuelo
de que habia menester
busco afanoso en teatros,
fondas, billares, cafés,
bailes... En uno de máscaras
donde, por señas, gasté

mi último maravedí,
hube yo de parecer
aceptable á un dominó
de terciopelo de Utrech.—
Era Micaela.—¡Ay cielos!
Con su lábia y su oropel,
y su erótica dulzura
dió con mi juicio al través.
Yo la dije mil ternezas,
y tanto me aluciné,
que aunque desató á mis ruegos,
depuesto el tibio desden,
la careta, ¡ay! todavía
me pareció una mujer.

LUISA. ¡Vaya por Dios!

EUSEBIO. Sí, ¡y hermosa!
El calor, la languidez
de su mirar voluptuoso
le daban un no sé qué...
Mi amor propio por un lado,
por el otro algun pincel
con que de su rostro habia
revocado la pared...
En fin, pecador relapso,
en la culpa me obstiné.

LUISA. Pero...

EUSEBIO. Es de advertir que yo
habia cenado bien...

LUISA. ¡Ah! ya...

EUSEBIO. Y llevaba en el cuerpo
cinco copas de Jerez.—
Y como yo era cesante
y ella rica; y ya solté
la palabra; y ella instaba...
¡maldecida de cocer!,
y así creia triunfar
¡ay necio! de aquella infiel,
cedí al influjo siniestro
de mi estrella, ¡y me casé!

LUISA. ¡Fatal boda!

EUSEBIO. Pues aun falta,
señora mia, el postrer
capítulo y el mas triste
de mi historia.

LUISA. ¿Sí?

EUSBEIO. Á los tres
días de mi atroz suicidio
supe que inocente fué
mi amada, y que era un hermano
suyo el que halló en su dintel
tan amorosa acogida.—
No la escribí. ¿Para qué?
Mi yerro... ¿Qué digo yerro?
Mi culpa... mi crímen es
irreparable, ¡y lo estoy
purgando como usted vé!
LUISA. ¿Y qué se hizo aquella jóven...
EUSEBIO. Nada he sabido después.
LUISA. ¡Tanto mejor! Es forzoso
olvidarla.
EUSEBIO. ¡Ay! No podré.
¿Cómo no he de recordarla
al comparar el Argel
en que peno hace ya un año
con el inefable Eden
de que en mal hora ¡ay de mí!
yo propio me desterré?
LUISA. Consuelos menos mundanos
quisiera yo dar á usted;
pero Micaela es rica...
EUSEBIO. ¡Mal haya...
LUISA. Y ¡cómo ha de ser!
EUSEBIO. Pero...
LUISA. Aquí viene de molde,
don Eusebio, aquello de...
EUSEBIO. Los duelos con pan son menos?
Ni aun tengo que agradecer
al astro que me persigue
esa dedada de miel.
LUISA. ¡Cómo!
EUSEBIO. ¡Si apenas salimos
de sota, caballo y rey!
Es avara y cicatera;—
frugal dice ella; y á fuer
de filósofa me cita
sin cesar aquella ley
de «Comer para vivir;
no vivir para comer.»
LUISA. Pero habrá testado ya
en favor de usted...

EUSEBIO. No sé;
mas pienso que no; que si ella
me hubiera hecho esa merced,
ya á Madrid la anunciarian
en cada esquina un cartel.
LUISA. (Es cálculo. Así le tiene
á raya; pero tal vez...)
EUSEBIO. Y teste ó no á mi favor,
¿qué importa? ¡Yo moriré
antes que ella, aunque ya pisa
el umbral de la vejez!
LUISA. No es posible...
EUSEBIO. Sí, señora;
soltaré pronto la piel
de vergüenza, de fastidio,
de...
LUISA. Ya vuelve. Calle usted.

ESCENA V.

LUISA. DON EUSEBIO. MICAELA.

MICAEL. (*Con el librito de memorias en la mano.*)
Acabé el idilio.
LUISA. ¡Bueno!
EUSEBIO. (Hará que me precipite...)
MICAEL. Lo leeré si usted permite...
LUISA. Con mucho gusto.
MICAEL. (*Leyendo en el librito.*)
«A Mireno.»
EUSEBIO. (Sudo...)
MICAEL. *Merino* se llama;
pero las letras combino,
y del prosáico *Merino*
dá *Mireno* el anagrama.
LUISA. ¡Oiga!
MICAEL. Y no su nombre solo
invierte mi docta escuela.
¿Quién se llama *Micaela*
en el idioma de Apolo?
con sus mismas letras...
LUISA. ¿Quién

pensára...

MICAEL. Para la rima
sale el nombre de *Acelima.*

EUSEBIO. (Y el de *acémila* tambien.)

MICAEL. Leo.

EUSEBIO. (¡No te diera un cólico!...)

MICAEL. (*Leyendo.*)
«Á Mireno.»

LUISA. (¡Mala peste...)

MICAEL. «Su fiel Acelima.»
(*Interrumpiéndose.*)
Este
es un poema bucólico.
(*Leyendo.*)
«Mireno, mas gallardo
que mi pintado choto..»

EUSEBIO. (*Con disgusto mal reprimido.*)
(¡Ah!)

MICAEL. «En el umbrio soto
con el cuenco te aguardo
de blanco requeson.»

EUSEBIO. (*Creciendo su angustia.*)
(¡Oh!)
«Y la castaña hirsuta,
de Amarilis un dia
apetecida fruta,
que á Alexis ofrecia
el triste Coridon.
Aquí la dulce avena,
que es tu mayor regalo...»

EUSERIO. (*Dejando oir distintamente la exclamacion.*)
¡Uf!

MICAEL. ¡Cielos! ¿Te pones malo?

EUSEBIO. Sí. (¡Maldita cantilena!)

MICAEL. (*A Luisa.*)
¡Le hace un efecto mi canto...

LUISA. (Como el del tártaro emético.)

MICAEL. ¡Poder del estro poético!—
Mas si te conmueve tanto,
dejo la lectura.

EUSEBIO. (*Como quien se descarga de un grave peso.*)
(¡Oh!)
Bien.

MICAEL. Y vámonos á casa
si quieres.

EUSEBIO. Ya se me pasa.
LUISA. Tome usted algo...
EUSEBIO. No, no.
MICAEL. Retirémonos, galan.
Los huéspedes no han venido...
LUISA. ¿Quién los habrá detenido?
(*Mirando por el balcon.*)
¡Calle! En el jardin están.
MICAEL. ¿Sí? Veamos esa bella.
(*Se asoma.*)
LUISA. Paseando están los dos.
MICAEL. ¡Es muy linda!
EUSEBIO. (¿Á ver?)
(*Asomándose por detras de Luisa y Micaela.*)
¡Oh Dios!
(*Los tres se retiran del balcon.*)
LUISA. ¿Qué es eso?
MICAEL. ¿Otra vez?
EUSEBIO. (¡Es ella!)
La cabeza...
MICAEL. ¡Ay! Dios me asista...
EUSEBIO. Vámonos... ¡Nada! Un mareo...
(*Tomando el sombrero.*)
Con el aire libre creo...
(¿Cómo sostener su vista?)
LUISA. Quédese usted...
EUSEBIO. No, no...
LUISA. Aquí...
EUSEBIO. Ya estoy bueno.
MICAEL. (*Tomando el brazo de don Eusebio.*)
Traigo coche.—
Ven...
EUSEBIO. Adios.
MICAEL. Hasta la noche.
LUISA. Adios.
EUSEBIO. (¡Ay triste de mí!)

ESCENA VI.

LUISA.

¡Qué boda! Y achacarán
á su mal signo... ¡Mentira!
Antes que te cases mira
lo que haces, dice el refran.
Si á estas horas el demonio,
aunque á Teócrito pese,
no ha dado al traste con ese
ridículo matrimonio,
á la excesiva prudencia
del pobre jóven se debe;
pero la medida en breve
llenará de su paciencia.
Lo vieja y lo literata,
para ella bien lo concilio:
mas ¡para él!... Otro idilio,
y la abandona, ó la mata.
El pedantesco lenguaje
¿cómo no ha de darle enfado
con que aquí nos ha guisado
tan nauseabundo potaje?
Síntomas de indigestion
yo tambien casi me noto
con las castañas y el choto,
la avena y el requeson.

CONDES. (*Dentro.*)
¿Está visible Luisita?

LUISA. Es la condesa.
(*Saliéndola al encuentro.*)
Adelante.

ESCENA VII.

LUISA. LA CONDESA. DON FEDERICO.

LUISA. Para tí lo estoy yo siempre.
(*Se besan las dos damas.*)
CONDES. ¿Buena?
LUISA. Sí. ¿Y tú?
FEDER. (*Presentando la mano.*)
Luisa amable...
CONDES. Buena. Gracias.
LUISA. (*Admitiendo la mano de don Federico.*)
Bien venido.—
¿No te sientas? (¡Siempre al márgen!)
(*Se sienta la Condesa.*)
CONDES. Ven á mi lado...
LUISA. Ahora no.
Te dejo por un instante.
Vendrás á cumplimentar
á mis huéspedes...
CONDES. Sí.
LUISA. Dame
tu licencia. Iré á llamarlos,
pues queda quien te acompañe.

ESCENA VIII.

LA CONDESA. DON FEDERICO.

CONDES. Si es cierto, don Federico,
lo que cuentan del carácter
del General...
FEDER. (*Sentándose cerca de la Condesa.*)
¿Qué me importa...
CONDES. Su mujer vivirá mártir.
FEDER. Algunas preferirian
ese martirio al desaire,

por no decir al desprecio
injusto que de ellas hacen
sus maridos.

CONDES. Verbigracia,
yo: ¿no es verdad?

FEDER. Tal ultraje
me asombra, me escandaliza.

CONDES. ¿De veras? Dios se lo pague
á usted; pero no es la injuria,
amigo mio, tan grave
como usted la pinta. El Conde,
á fuer de alto personaje
y hombre de mundo, desdeña
los cariñosos afanes,
las tiernas contemplaciones
de los maridos vulgares;
pero no porque á la moda
quizá á su despecho pague
ese tributo, me deja
de amar... como él puede amarme.

FEDER. Sí; tal vez; y aun eso... Pero
no como merece el ángel
cuya dulce posesion
le envidia...

CONDES. ¿Quién? ¡Disparate!

FEDER. ¡Oh!

CONDES. ¿Valgo yo tanto...

FEDER. Usted
quizá ignora lo que vale;
que es modesta aun mas que linda,
y hasta en eso es favorable
la estrella del conde.

CONDES. ¡Cómo!..

FEDER. Mas no se oculta á quien arde
en la lumbre de esos ojos;
á quien admira ese talle,
esa gracia indefinible...

CONDES. Perdone usted que le ataje.
Tan fervoroso arrebato
ya de los límites sale
de la amistad.

FEDER. ¡Ay Emilia!
¿Es por ventura de jaspe
mi corazon? ¿Es milagro
que en amor ciego se cambie

la amistad cuando es usted
el objeto...

CONDES. ¡No mas! Calle
usted, ó hasta mi amistad
me precisará á negarle.

FEDER. ¡Ah! ¿Será usted tan impía...

CONDES. ¡Miren por dónde nos sale
ahora! ¡Y yo tan incauta...

FEDER. Si...

CONDES. ¡Fíese usted de nadie!

FEDER. Pero ¿es posible...

CONDES. ¡Y se vende
por amigo inseparable
del Conde!

FEDER. El amor no sufre...

CONDES. ¡Calle usted! Eso es infame.

FEDER. No lo es; ni aunque lo fuera
deberia acriminarme
la que es el único móvil
de mi perfidia, si cabe
perfidia en la adoracion
que tributo á sus altares.
Pude yo sacrificar
esta pasion entrañable
á los deberes de amigo,
y encerrarla con cien llaves
en mi pecho, mientras solo
fueron pecados veniales
los del conde; mas ¡sufrir
que, haciendo público alarde
de desdeñar á una esposa
de que no es digno, se arrastre
á los piés de vil ramera...

CONDES. ¡Ah! ¿Podré creerlo...

FEDER. Fácil
es la prueba.—Pero usted
rehusa mis homenajes...

CONDES. Puedo estimar los de amigo
sin admitir los de amante.

FEDER. Pero mi alma...

CONDES. ¡Oh qué porfia!...
La prueba...

FEDER. Es inútil. Casi...
me pesa...

CONDES. Ciertas palabras

no se aventuran en balde.
Callar, ó decirlo todo.

FEDER. Pues bien; yo juro...

CONDES. ¡Chit!... Álguien
llega.

FEDER. (¡Bien! Si no el amor,
el orgullo la hará frágil.)
(*Se levantan.*)

ESCENA IX.

LA CONDESA, DON FEDERICO. LUISA. CARLOTA. EL GENERAL.

LUISA. (*Á Carlota.*)
El General.—Su señora.

CONDES. ¡Bien venidos!

LUISA. (*Al General y á Carlota.*)
La Condesa,
mi amiga...

GENER. Cuyos piés besa
mi atencion...

CONDES. Muy servidora...

FEDER. Saludo á usted...

GENER. (*Saludando.*)
Señor Conde.

CONDES. No es él...

GENER. ¡Ah! Creí...

LUISA. Un amigo:
el señor don...

GENER. Me desdigo.

LUISA. Federico Vaamonde.

CONDES. El Conde..

GENER. (Aquí hay gatuperio.)

CONDES. Vendrá luego.

GENER. (Se ha turbado.)
Bien.

LUISA. Á fuer de hombre de estado
estará en el Ministerio.

CONDES. Por pagar ese tributo
á la política...

GENER. Sí.

CONDES. Hoy no me acompaña aquí.

GENER. Y lo hace por sustituto.

CONDES. ¡General!...
GENER. ¡Oh! no es mi idea...
CONDES. El Conde tiene el honor
tambien de ser Senador...
GENER. Por muchos años lo sea,
y sus hijos y sus nietos.
CONDES. Mil gracias. Si á tiempo llega,
hoy mismo al nuevo coléga
ofrecerá sus respetos.
GENER. Me honrará... (¡Tanto cumplido!...)
CONDES. Justamente él llega ahora.

ESCENA X.

LA CONDESA. DON FEDERICO. LUISA. EL GENERAL. CARLOTA. EL CONDE.

CONDE. (*Dando la mano á Luisa.*)
Felicidades.
(*A Carlota.*)
Señora...
(*Carlota le devuelve el saludo con una cortesía.*)
(*Á la Condesa.*)
Adios.
(*Al General.*)
Servidor...
(*Á don Federico apretándole la mano.*)
¡Querido!
LUISA. El General que hoy se inicia
en el Senado.
CONDE. ¡Qué escucho!
Con tal miembro se honra mucho
la Cámara vitalicia.
GENER. Mil gracias.
CONDE. (*Dándole la mano.*)
Téngame usté
por su amigo y compañero.
GENER. Gracias.
LUISA. Su señora.
(*Vuelven á saludarse Carlota y el Conde.*)
Pero

no esten ustedes de pié.
(*Se sientan todos.*)

GENER. Bien me hallaba en Alhaurin,
que es bello país aquel,
donde estaba de cuartel
cultivando mi jardin;
mas me sacan de mi burgo,
y no para una campaña,
sino para ver qué maña
me doy yo para Licurgo;
y pues mi reina se digna
de acamparme en el Senado,
como obediente soldado
vengo á cumplir la consigna.
Pero nada se me alcanza
de fueros ni garantías
ni sistemas ni utopias...
Mi código es la ordenanza.—
Amo á mi patria...

CONDE. Lo sé.
La serviré hasta la muerte,
pero á mí... En fin, no es mi fuerte
la política.

CONDES. (Doy fé.)

CONDE. Aunque esforzado guerrero,
el que viene á legislar
delibera, si ha lugar...

GENER. Yo lidio y no delibero.

CONDE. Pues yo, que no ejerzo en vano
tan alta jurisdiccion,
suelo hacer la oposicion...

GENER. Ya; pero usted es paisano.

CONDE. No porque de mí disiente
el Gobierno que nos rige,
sino porque así lo exige
mi espíritu independiente.

GENER. Bien. Yo, que no hago misterio
de ser como Dios me hizo,
pienso votar como un suizo
lo que vote el Ministerio.

ESCENA XI.

LUISA. LA CONDESA. CARLOTA. EL CONDE. EL GENERAL. DON FEDERICO. EL BARON.

(*El Baron trae una bolsa de las que se usan para pedir en la iglesias.*)

BARON. ¿Dá usted permiso?
LUISA. Adelante,
señor Baron del Manzano.
BARON. Tengo el honor...
(*Viendo que se quieren levantar los caballeros.*)
¡Quietos, quietos!
Nadie se mueva, ó me marcho.
LUISA. Pues siéntese usted...
BARON. Lo haré.
(*Tomando la mano de Luisa.*)
¿Usted buena?
LUISA. Sí.
BARON. Lo aplaudo.—
(*Presentando la mano á Carlota.*)
Señorita...
GENER. (*De mal gesto y saliendo con la mano al encuentro de la del Baron.*)
¿Eh?
BARON. Caballero...
Estoy...
CARLOT. Beso á usted la mano.
BARON. ¡Oh Condesa!
(*Toma tambien su mano, y luego la del Conde y la de don Federico.*)
CONDES. Buenos dias.
BARON. Á usted venia buscando.—
¡Señor Conde!... ¡Federico!
GENER. (¡La marcialidad alabo!)
BARON. (*Sentándose junto á la Condesa y dirigiendo la palabra á Luisa.*)
Usted disimulará,
Luisa, que me haya tomado
la libertad...

LUISA. De esta casa,
Baron, es usted el amo.
BARON. Gracias.—No estaba en la suya
la Condesita, y le traigo
la bolsa de la benéfica
asociacion de que entrambos
somos miembros.
CONDES. Sí; hoy me toca
pedir en los Italianos.—
(*Tomando la bolsa.*)
Ya no me acordaba... Gracias.
GENER. ¡Oiga! ¿El señor es...
BARON. Filántropo.
GENER. ¿Sí?
BARON. Por moda y por carácter.
Naturalmente soy blando
de corazon, espansivo...
Los niños desamparados,
el Colegio de la Paz,
el Refugio y otros varios
pios establecimientos
disponen de mis... sufragios.
Escribo sobre reformas
del sistema carcelario,
y promuevo suscriciones
para las viudas del bárrio,
para las pobres monjitas,
para la escuela de párvulos;
y ya una rifa de alhajas
proyecto, ya un espectáculo
circense...; ya distribuyo
socorros domiciliarios,
hilas, vendas... Soy, en fin,
la misericordia andando.
GENER. ¡Laudable ejercicio!
BARON. ¡Eh! Yo...
GENER. (*Aparte con Luisa y Carlota, entre las cuales está sentado, mientras figuran otro coloquio entre sí los demás interlocutores.*)
¡Y me parecia un fátuo!
LUISA. Bien le parecia á usted.
CARLOT. Sus virtudes sin embargo,
compensan...
GENER. Dará en limosnas
la mitad del mayorazgo.

LUISA. Ni un maravedí. Todo eso
es farándula, aparato
teatral. De él no diré
que hace como algunos tráfico
con la caridad cristiana...

GENER. ¡Qué escucho!

LUISA. Sí; ya es un ramo
de industria muy lucrativo
para quien sabe explotarlo.
En cuanto al Baron, como es
en la sociedad un trasto
inútil, hace esas farsas...,
¿qué sé yo?... por hacer algo,
y en todas partes se cuela
á título de filántropo.

GENER. ¿Y es tambien filantropía
el jovial desembarazo
con que damas y galanes
se aprietan aquí la mano?

LUISA. La moda...

GENER. ¡Moda execrable,
mengua del decoro, escarnio
del pudor!

LUISA. Yo, General,
ni la culpo ni la ensalzo.
No pasa de ser un frívolo
cumplimiento á que no damos
ningun valor.

GENER. Pues yo niego
á esa moda el *exsequatur*.
La mano de mi mujer
es solo mia: el vicario
me la dió, y se guardará
muy bien...

CARLOT. ¿Á quién se la he dado?

GENER. No es ella reina ni obispo
para que todo cristiano
se la sobe.
(*Siguen hablando aparte.*)

BARON. (*En voz baja á la Condesa mientras el Conde y don Federico hablan aparte.*)
Sepa usted
que aunque la bolsa que traigo
viene al parecer vacía...

CONDES. ¿Eh?

BARON. (Con esto la preparo.)
No lo está.
CONDES. Ya se supone,
siendo usted el mandatario...
(*Moviendo la bolsa.*)
Pero no suena...
BARON. No obstante...
Basta el sentido del tacto...
CONDES. ¡Ya! Algun billete...
BARON. Eso mismo.
(*Con el dedo en la boca.*)
Pero...
CONDES. Pierda usted cuidado.
El mérito de estas cosas
está en el sigilo.
BARON. (¡Bravo!)
CONDES. (Será la primera vez
que contribuya con algo...)
BARON. Mi corazon...
CONDES. ¡Oh! ¿Quién duda...
(No se ha ofendido... Al contrario...
¡Soy feliz! Esto se llama
llegar y besar el santo.)
CONDES. (*Levantándose: y todos hacen lo mismo.*)
Aun no he visto el aderezo,
Luisita, que te ha enviado
tu marido de París.
Si quisieras enseñármelo...
(*Se acerca á Luisa y á Carlota, y mientras ellas hablan, hacen aparte lo mismo el Conde con el General y el Baron con don Federico.*)
LUISA. Con mucho gusto.—Por cierto
que un broche se ha despegado
y lo llevaré esta tarde
al diamantista...
(*Siguen hablando en voz baja.*)
FEDER. ¿Sí? ¡Guapo!
BARON. En la bolsa está el intríngulis.
FEDER. ¡Cómo!...
BARON. Yo de todo saco
partido.
FEDER. ¡Oiga!
BARON. El pobre Conde...
FEDER. (¡Habrá títere...)
BARON. Te encargo

la mayor reserva.

FEDER. Pues.

BARON. Y tú, que eres su amigacho,
me ayudarás...

FEDER. Se supone.

BARON. Me obligo á hacer otro tanto
por tí...

FEDER. Ya.

BARON. Los camaradas...

FEDER. Entiendo. (Pues ¡ha buscado
buen confidente!)

LUISA. Allá dentro
lo verás.

CONDES. Sí; vamos, vamos.

LUISA. (*Á los caballeros.*)
Hasta luego.

BARON. Yo, si ustedes
me otorgan su beneplácito,
me despido desde ahora.

LUISA. ¿Sí? Para ejercer otro acto
de beneficencia.

BARON. Cierto.
Yo volveré mas despacio...

LUISA. Cuando usted guste.

BARON. Señoras...

CONDES. Hasta la noche.

BARON. ¡Oh! no falto.—
Señores... (Soy otro César,
soy otro Alejandro Magno.)

ESCENA XII.

LUISA. LA CONDESA. CARLOTA. EL GENERAL. EL CONDE. DON FEDERICO.

CONDE. Yo me despido tambien,
que si hemos de ir al Senado...

FEDER. Y yo...

LUISA. Cuando ustedes gusten.

CONDES. (*Dejando la bolsa sobre un mueble.*)
¡Ah! Ya olvidaba...

(*Á Carlota.*)
Contamos
con usted y el General...

GENER. ¡Cómo!...

CONDES. Hay baile en casa...

GENER. ¿Cuando?

CONDES. Esta noche.

CARLOT. Por mi parte,
con mucho gusto.

GENER. Es que... acaso...
yo no podré... Mis dolencias...

CONDES. No admito excusas.

GENER. (¡Qué diablo
de baile!...)

CONDES. Si el General
quiere acostarse temprano,
en buen hora. No por eso
nos prive de los encantos
de su linda esposa.

GENER. (*Con prontitud.*)
Iré.

CONDES. Gracias.

GENER. Pero yo no bailo.

CONDES. Se entiende. Pero ella sí:
¿verdad?

GENER. Ella...

CARLOT. Un poco...

GENER. (¡Me aspo!)

CONDES. Vamos, querida... ¡Ah! señores,
hoy pido en los Italianos;—
ya lo habrán oido ustedes,—
y espero de tan bizarros
caballeros, que irán todos,
sin exceptuar mi caro
esposo, á darme limosna
para los pobres inválidos.

GENER. Tendré el honor...

FEDER. Muy gustoso...

CONDES. Gracias, señores.—De cuatro
á seis. (¡Pérfido!, si es cierto,
no te perdono el agravio.)

ESCENA XII.

El General. El Conde. Don Federico.

Conde. ¡Qué diantre de petitorios!...
Gener. No veo nada de malo
en eso... (Peor es el baile.)
Feder. No podemos excusarnos.
(¡Ah! ¡Qué idea... Si es verdad
que en aquella bolsa hay gato
encerrado...)
Conde. ¿Quién va luego
desde cerca de Palacio
hasta...
Gener. ¡Oh! sí; por una obra
de caridad...
(*Siguen hablando aparte.*)
Feder. (Me descarto
de un rival..., poco temible,
pero, al fin, rival. Sí; y hago
de ladron fiel con el Conde.)
Señores, no es necesario
hacer un viaje á la iglesia.
La Condesa se ha dejado
aquí la bolsa;
(*La toma.*)
y podemos
ahora sin molestarnos
echar nuestros donativos...
Gener. Dice bien.
Conde. Abra usted...
Feder. Abro.
(*Presentando la bolsa despues de desatar los cordones.*)
Señor Conde...
Conde. (*Echando una moneda.*)
Ahí va esta onza.
Feder. Señor General...
Gener. Yo vácio
el bolsillo. Es en favor
de mis pobres veteranos.
¿Quién sabe si algunos de ellos,
quizás en el mismo campo

donde yo gané una faja,
perdió una pierna ó un brazo?
(*Echa en la bolsa varias monedas.*)

FEDER. Ahora me toca á mí;
pero no llevo metálico.—
Lo suplirá este billete.
(*Saca uno.*)
Entero, no; que en el garbo
no compito yo con próceres.
Doy ocho duros, y saco
el resto... Así como así,
yo necesitaba cambio...
(*Vácia la bolsa sobre un velador, y entre las monedas aparece el billete á que aludió el Baron.*)

CONDE. ¡Ah! ¡Qué veo!...

GENER. ¡Otro billete!

FEDER. Cierto.

GENER. ¡Y este no es del Banco!

CONDE. (¡Cielos!...) Venga.
(*Lo toma. Don Federico hace con el suyo lo que antes indicó, y guardando en la bolsa el billete de Banco y el dinero restante, la vuelve á cerrar.*)
Memorial
será de algun desgraciado...
(*Se desvia un poco, y con disimulo rompe el sobre y echa una ojeada sobre el contenido del billete.*)

GENER. ¿Se gasta aquí en memoriales
papel vitela con cantos
de oro...

FEDER. (*Acercándose al Conde y en voz baja.*)
Yo siento en el alma...
Un error involuntario...

CONDE. ¿Qué! Nada... (Disimulemos.)
(*Con risa forzada.*)
Já, já... En efecto; ahora caigo...
Sí; algun billete amoroso
que aquí se dejó olvidado
la que antes tuvo la bolsa.
El sobre está revelando
su nombre.

GENER. (¡El de tu mujer!
¿Si creerá que soy un ganso?)

CONDE. (*Á don Federico en alta voz.*)
La Intendenta...

FEDER. ¿Sí?

CONDE. ¡Aturdida!
(*Con risa forzada.*)
Pues si acierta á dar en manos
de su marido la carta!...
Él que es tan atrabiliario...
CONDE. ¡Oh!
FEDER. Y ha dado en la flaqueza
de ser celoso... (¡Me abraso!)
Já, já...
GENER. (¡Inaudita frescura!
¿Será verdad...)
CONDE. (Ella, es claro,
nada sabe, ni hará aprecio
de semejante espantajo;
pero es audacia...)
(*Guardando el billete.*)
Esta noche
se la daré...
GENER. ¿Al... agraciado?
CONDE. No; á ella: y la advertiré
que no se descuide tanto
otra vez.
GENER. Mal hecho.
CONDE. ¡Cómo!...
GENER. Á ella no, que eso es dar pábulo
al vicio; eso es protejer
un infame contrabando:
á él se la daria yo;
al pobre marido cándido
que en vez de tierna consorte
abre á una sierpe los brazos.
CONDE. ¿Al marido? ¡Qué locura!
¡Yo promover un escándalo!
¡Yo... ¡Ba!
GENER. Su causa es la nuestra.
Maridos somos entrambos...
CONDE. No nos cansemos... El pobre
que nace predestinado...
Já, já... ¿Cómo resistir
al influjo de los astros?
GENER. No obstante...
CONDE. Ruede la bola...
¿No viene usted al Senado?
GENER. Luego... Tengo que ponerme
el uniforme.

CONDE. Allí aguardo.
GENER. Iré pronto.
CONDE. (¡El Baroncito!)
¿Vamos, Federico?
FEDER. Vamos.
CONDE. (*Despidiéndose.*)
Tengo el honor...
FEDER. (*Lo mismo.*)
General...
GENER. (*Acompañándolos hasta la puerta.*)
Soy de ustedes.
(*Luego que vuelven la espalda.*)
¡Insensato!

ESCENA XIV.

EL GENERAL.

(*Despues de una breve pausa.*)
Y no hay tal Intendenta.
Por mas que disimule y lo eche á broma,
el tiro vá á su honor; suya es la afrenta.
Pero si á lo filósofo lo toma,
con su pan se lo coma.—
Y son dos los galantes, por mi cuenta;
que el otro fantasmon... Y mil cumplidos
le hará, mil agasajos...
¡Qué Madrid! ¡Qué costumbres! ¡Qué maridos!—
¡La predestinacion!... ¡Qué bobería!
Si eso dicen y se echan en el surco
¿qué milagro... No; ¡Alerta! Por ventura
¿es la honra cuestion de astronomía?
¡No! Mi filosofía es la del turco;
que la mujer es frágil criatura,
y si aun para la púdica y sencilla
la vigilancia de Argos fuera poca,
¿quién confia ¡gran Dios! en una loca?—
Mas Carlota no vuelve...
¿Iré... No. Haré sonar la campanilla.
(*Tira de un llamador.*)
No quiero yo que tanto se entretenga

con damas tan...
(*Á un criado que llega.*)
Á mi mujer que venga.—
La sesion será larga...
No, no la dejo aqui. Sería enorme
necedad...

ESCENA XV.

El General. Carlota.

Carlot. ¿Me llamabas?
Gener. Sí, hija mia.
Tengo que ir al Senado, y ya es urjente
que vengas á ponerme el uniforme.
Carlot. Bien.
Gener. (Ya que no á mi lado,
al menos á mi vista he de tenerla.)
Tú me acompañarás.
Carlot. ¿Dónde?
Gener. Al Senado.
Carlot. ¡Yo al Senado!
Gener. Sí, perla.
Carlot. ¿Qué haré allí? De política no entiendo.
Me dormiré.
Gener. Es mi gusto.
Carlot. Yo...
Gener. ¿Prefieres
tu libertad...
Carlot. Yo de ella no pretendo
abusar; ni aqui sola, entre mujeres...
Gener. Mujeres peligrosas.
Carlot. No lo creas.
Gener. Lo creo, y no te asombres.
¡Dan la mano á los hombres!
Carlot. Sin malicia.
Gener. Eso no entra en mis ideas.
Carlot. Ni yo..
Gener. Al marido ausente
hacen que supla el *cavalier servente.*—
Á bien que pronto iremos á la nueva

casa.

CARLOT. (¡Ay Dios! ¡En la calle de la Cueva!)
Nuestra huéspeda Luisa
es la suma virtud.

GENER. Sea; lo admito;
aunque eso de poner cara de risa
á todos...

CARLOT. Ser amable no es delito.

GENER. Pero la tal Condesa... ¡Hum! Esa... Esa...

CARLOT. ¿Qué motivo...

GENER. No trago á la Condesa.
En aceptar su baile mal hiciste.

CARLOT. Si por eso has de estar ceñudo y triste,
no iré.

GENER. Ya es tarde; mi palabra he dado
y me pondré en ridículo si faltas.

CARLOT. Pero ¿por qué conmigo así te exaltas?

GENER. Por nada.

CARLOT. ¿En qué te ofendo? ¿En qué he faltado?

GENER. En nada; pero vamos al Senado.

CARLOT. ¡Es fuerte empeño!

GENER. Irás á la tribuna
de las damas.

CARLOT. (¡Fastidio!) ¡Si á ninguna
conozco...

GENER. Irá contigo, pues de paso
nos coge, doña Luz la Brigadiera.

CARLOT. Aun es peor llevar tal compañera.

GENER. ¡Cómo!..

CARLOT. Septuagenaria,
asmática, locuaz, estrafalaria...
¡Me voy á divertir!

GENER. Si así vacilas,
sospecharé...

CARLOT. ¡No, no!

GENER. ¿Por qué cavilas?

CARLOT. Tú eres el caviloso;
yo no.

GENER. ¿Ni aun ese leve sacrificio
harás por mí?

CARLOT. Sí tal. Iré. (¡Oh suplicio!)

GENER. Ya; pero vas rabiando.

CARLOT. No. Mi esposo
lo manda, y mi deber es la obediencia.
(¡Buen Dios, dádme paciencia!)

GENER. Lo mando... porque te amo.
CARLOT. Así lo creo.
(¡Ah, qué amor!)
GENER. (*Acariciándola.*)
Sí, Carlota; sí, alma mia;
y si cumplir pudiera mi deseo,
no en la tribuna, no en la galería;
en mi silla curul te sentaria.
(*Al retirarse apoya el General su brazo derecho sobre los hombros de Carlota.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa del Conde, lujosamente amueblada, con puerta grande en el foro y otra mas pequeña á cada lado de bastidores. Forillo de tránsito, que por la derecha conduce á la puerta de la escalera, y por la izquierda á la sala donde se baila y á otras habitaciones. La puerta lateral de la derecha guia á las piezas de juego y á otras dependencias, que tambien por lo interior conducen al forillo: la de la izquierda sirve de comunicacion al gabinete de la Condesa y á la sala principal. El teatro estará alumbrado con profusion.

ESCENA PRIMERA.

La Condesa. El Baron.

Condes. Bien; ya hemos quedado solos...
Baron. ¡Mal haya tanto importuno!
Condes. Hable usted; mas sea breve,
que hago falta...
Baron. Dos minutos.
Condes. ¿Qué asunto...
Baron. ¿Lo ignora usted?
Condes. Claro está, pues lo pregunto.
Baron. ¡Ah Condesa!... (Denguecillos
que hacen mas sabroso el triunfo.)

Ya habrá usted visto... en la bolsa...

CONDES. Sí; hoy he recogido mucho.

BARON. El billete...

CONDES. ¿Era de usted?

BARON. Pues ¿de quién? De aquel conducto
me valí...

CONDES. Sí; ya recuerdo...
Gracias. ¡Veinticinco duros!

BARON. ¿Qué dice usted? No es del Banco
el billete á que yo aludo.

CONDES. ¡Oiga! Pues ¿de qué?

BARON. ¡Tirana!
¿Se burla usted...

CONDES. No me burlo.
Diga usted...

BARON. Nadie nos oye.
Ya es ocioso el disimulo.

CONDES. ¡Baron!...

BARON. Pero usted querrá
que, excusando subterfugios,
confirme de viva voz
lo que escribí de mi puño.
Sí, dulce Emilia; sí, amable
Condesa; mi alma no pudo
por mas tiempo devorar
en silencio el fuego oculto
que la consumía. ¡Ah! ¿Quién
pone diques al Vesubio?

CONDES. (*Riéndose.*)
Já, já... ¡Donosa ocurrencia!

BARON. ¿Qué!...

CONDES. ¿Luego el papel intruso
era un billete amoroso...

BARON. ¡Oh! sí; el humilde tributo
de un corazon...

CONDES. ¡Filantrópica
bobada!

BARON. Yo...

CONDES. ¡Buen condumio
daría yo á los inválidos
y á los pobres del refugio
con el corazon de usted!

BARON. Señora, yo... Si... (Me aturdo.)
Siento... El amor no es un crímen...
Y si usted leyó el... opúsculo...

(Ya no sé lo que me digo.)

CONDES. ¿Yo? Ni lo he visto.

BARON. ¡Qué escucho!
¿Cómo...

CONDES. En la bolsa no estaba...

BARON. ¡Cielos!

CONDES. Lo sé de seguro,
cuando yo conté el dinero.

BARON. Pues mi mano lo introdujo...

CONDES. ¡Y á saber ahora en cuáles
habrá dado! Este es mi apuro.

BARON. Yo iré... Yo preguntaré...
¿Á quién le tocaba en turno?...
Á la Marquesa... Sí, sí;
á la Marquesa del Junco.

CONDES. ¡Eh! peor es eso...

BARON. Yo...

CONDES. Dejémoslo estar.

BARON. Me angustio...

CONDES. ¿Qué podrán decir de mí?
Que sin fundamento alguno
me pretende un mentecato...

BARON. ¡Hija, ese adjetivo...

CONDES. Es justo.—
Eso dirán; pero nadie
creerá que yo lo sufro.

BARON. Confieso mi error. Creí...

CONDES. Hay galanteos absurdos
de que, aun viéndolos, no osára
culpar la lengua del vulgo
á mujeres como yo.

BARON. Bien, señora; fué un abuso
levantar mi pensamiento
hasta el Olimpo cerúleo
donde usted se glorifica;
pero ese ceño iracundo
sienta mal en una diosa.

CONDES. ¡Eh! no mas...

BARON. (¡Vaya unos humos...)
Me arrepiento; me desdigo...

CONDES. Bien está.

BARON. Me echo en el surco.

CONDES. (*Con impaciencia y sentándose.*)
¡Basta!

BARON. Adios. (Me ha sofocado.

Daré á mi proa otro rumbo,
y si no hago una conquista
esta noche, me estrangulo.)
(*Al retirarse el Baron llega Luisa y se saludan.*)

ESCENA II.

La Condesa. Luisa.

Luisa. ¡Emilia!
(*Viéndola y acercándose mas.*)
¡Ah! ¿Cómo tan sola?
¿Estás mala?
Condes. (*Levantándose.*)
No. Ese estúpido
de Baron...
Luisa. ¿Te solicita?
¡Bravo! Es hombre de buen gusto
el filántropo.
Condes. Es que yo...
Luisa. No es tan estragado el tuyo:
ya lo sé. Le has desahuciado,
por lo visto. Iba tan mústio...
Condes. ¡Requerirme á mí de amores
un necio...
Luisa. Es crecido el número,
y las mujeres bonitas
como tú...
Condes. ¡Yo, Luisa!
Luisa. Y mucho:
no se libran de babosos.
Yo, sin mérito ninguno,
no puedo echar de mi oreja
un molesto abejaruco...

ESCENA III.

La Condesa. Luisa. Don Luciano.

Lucian. Luisita...
Luisa. (*En voz baja.*)
¿Eh? ¿Qué te decia?
Lucian. Perdone usted si interrumpo...
Me ha ofrecido usted bailar...
Luisa. Sí; cuando empiecen los músicos...
Ahora permítame usted...
Lucian. Bien. Soy obediente súbdito...
Volveré... (No hay remision.
Esta noche... la seduzco.)

ESCENA IV.

Luisa. La Condesa.

Condes. ¡El bueno de don Luciano!
Luisa. Ya ves; ha dado en el flujo
de seguirme á sol y sombra.
Si no fuera tan obtuso
hubiera ya conocido
que de mí no saca fruto;
pero es el hombre mas plomo...
Condes. Presume de ser muy ducho
en los negocios, y no advierte
que es inexpugnable muro
tu virtud.
Luisa. Como la tuya,
querida Emilia.
Condes. Sí; cumplo
lo que el honor y el deber
me ordenan; mas te aseguro
que todo el favor del Cielo
necesito... ¡Ay! no me cupo
en suerte, Luisa de mi alma,

un marido como el tuyo,
dulce, fiel, tierno, indulgente.

LUISA. ¡Cómo!

CONDES. Es tal y tan injusto
el desvio, el abandono
del Conde, que con estudio
parece que él mismo quiere
inspirarme horror al yugo
que nos une.

LUISA. ¡Oh! no lo creas.
tiene ese exterior adusto,
pero en el fondo de su alma...

CONDES. En su alma reina el orgullo;
mas yo tambien tengo el mio,
y en mejor causa lo fundo;
y si por decoro propio
sus desdenes disimulo,
¡guárdese de que en agravios
degeneren y en insultos!

LUISA. No es posible... (¡Ah! Si supiera...)

CONDES. Por mi bien y por el suyo,
ruego á Dios que sean vanas
mi sospechas.
(*Dentro música.*)

LUISA. No lo dudo.—
Ni tú dés crédito, Emilia,
á lisonjeros astutos
que bajo el mentido velo
de la amistad sus impuros
designios quizá disfrazan,
y para romper el nudo
que tanto envidian, si es fuerza
apelarán sin escrúpulo
hasta á la calumnia...

ESCENA V.

LUISA. LA CONDESA. DON LUCIANO.

LUCIAN. Luisa...

LUISA. Voy...
(*En voz baja con la Condesa.*)
¡Prudencia!

CONDES. Yo te juro
que sin pruebas ..
LUISA. Aun con ellas
debemos á Dios y al mundo...
Pero para otra ocasion
dejemos tan grave asunto.
Hablaremos... Entretanto,
que sea siempre tu escudo
la razon, y ten presente
que sujetas al influjo
del hombre, para nosotras
hizo la ley del embudo.
(*Váse dando el brazo á don Luciano.*)

ESCENA VI.

LA CONDESA. EL CONDE.

CONDES. ¡Oh! la virtud poco cuesta
á una mujer venturosa;
mas si ella...
CONDE. (*Llegando por el foro.*)
¡Querida esposa!
CONDES. ¡Ah!... ¿Qué novedad es esta?
CONDE. Te buscaba...
CONDES. ¿Será tal
mi dicha, Conde, y mi prez,
que en un acceso tal vez
de delirio conyugal
tenga usted la dignacion
de bailar conmigo ahora?
CONDE. ¡Bailar! No vengo, señora,
con semejante intencion.
CONDES. Conozco mi error grosero.
¡Yo esperar tan alto bien
de...
CONDE. Yo puedo ser tan buen
marido como el primero
aunque á bailar me resista
con mi señora—¡qué idea!...
como un hidalgo de aldea
ó como un oficinista.

CONDES. Ni yo tal dicha ambiciono,
que no es justo asimilar
con un marido vulgar
á un marido de gran tono.
Prócer de elevada cuna
no á su mujer tanto honor
concede.
CONDE. Y si es Senador,
ni á su mujer ni á ninguna.
CONDES. ¡Oh! la salud del Estado...
CONDE. Si de este placer me privo,
que bailes no te prohibo
con quien sea de tu agrado.
Si aun te quejas...
CONDES. No me quejo.
CONDE. Si no es bastante completa
por ventura la discreta
libertad en que te dejo...
CONDES. ¡Libertad! Justo es que arguya
de tanta galantería
que si toleras la mia
es por dar rienda á la tuya.
CONDE. ¡Qué! ¿Coartármela quieres?
CONDES. No, no. Vive satisfecho...
CONDE. En los hombres es derecho
lo que gracia en las mujeres.
CONDES. Sí, sí, gracias... por la gracia.
No abusaré de ella, no.
CONDE. Perderías mas que yo
si tanta fuese tu audacia.
CONDES. ¡Conde!...
CONDE. Al culto de Himeneo
sobra tiempo y ocasion
sin hacer en un salon
alarde de su trofeo.
CONDES. ¿Es criminal...
CONDE. No, hija mia;
vulgar... Si ahora los dos
bailásemos, sabe Dios
cómo se interpretaria.
Como bailar no está en moda
la mujer con el marido,
y tu pareja no he sido
desde el dia de la boda,
sospecharía la gente

que á tan tierno padedú
nos prestábamos yo ó tú...
por cubrir el expediente.

CONDES. ¿Eh? ¿Qué misterio se encierra
en tus palabras?

CONDE. Ninguno.
Un aviso...

CONDES. Inoportuno.

CONDE. Sin mala intencion se yerra.
Diviértete, rie, danza;
no turbaré tu solaz,
porque te juzgo incapaz
de burlar mi confianza.
No respondas con desprecios
á lisonjas inocentes;
sé amable...; mas pára mientes
en guardarte de los nécios;
que, si oido se les presta,
ciegos por la presuncion
dan muestras de lo que son
(*Presentando la carta del Baron.*)
con embajadas como esta.

CONDES. (¡Ah!)

CONDE. Para darte el billete
no hubiera el Baron creido
que fuese el propio marido
correo de gabinete.

CONDES. Me harás la justicia...

CONDE. ¡Oh! sí.

CONDES. De no exigir que mi labio
se justifique...

CONDE. El agravio
recayera sobre mí.
(*Dando el billete á la Condesa.*)
Mas justo es que la misiva
vaya á su destino...

CONDES. No.
Responsable no soy yo
de que un títere me escriba.

CONDE. Yo no digo que haya pacto...

CONDES. Recibiría, no obstante,
ese billete galante
para devolverle intacto;
pero ya no, porque advierto
que está roto por la oblea,

y no me está bien que crea
que mis manos lo han abierto.

CONDE. Por curiosidad lo abrí;
no por celos...

CONDES. Ya se entiende.
Vuecelencia no desciende
á tener celos de mí.

CONDE. Dejemos, señora, á un lado
dimes y diretes.

CONDES. ¡Conde!...

CONDE. Toma el billete, y responde
al galan almibarado.

CONDES. No haré yo tal desvarío.
Si contestar es forzoso,
hágalo mi ilustre esposo
en su nombre ó en el mio.

CONDE. Á mí ¿qué me importa....

CONDES. En suma,
¿no es mi secretario ucencia?
¿No abrió mi correspondencia?
Lléveme tambien la pluma.

CONDE. ¡Emilia!.. Yo...

CONDES. Y no se ofenda
vuecelencia si le advierto
que vá siendo ya por cierto
ridícula esta contienda.
¿Qué dirá Madrid...

CONDE. ¡Señora!...

CONDES. Cuando se llegue á saber
que dá ucencia á su mujer
audiencias de media hora?
Yo tambien mostrarme debo
grave, enfática, severa,
aristócrata..., siquiera
por el título que llevo.
Si vale, pues, mi opinion,
guarde cada cual su puesto,
y terminemos con esto
tan enfadosa cuestion,
porque sabe Dios adónde
nos llevara...

CONDE. ¡Oh! sí; es deber
de ambos...
(*Cesa la música.*)

CONDES. Pero ha de tener

entendido el señor Conde,
que porque en vano ceñudo
humillar quiera mi frente,
no añadirá ciertamente
ningun cuartel á su escudo;
que sin la alta cualidad
que Su Excelencia heredó
me basto á mí tropia yo
para tener dignidad,
y para ser muy señora
no esperé, mal que le pese,
á que su mano me hiciese
Condesa ni Senadora.

CONDE. No te hablo yo con despego
ni...

CONDES. Bien; sí; tienes razon.—
Yo hago falta en el salon
y tú en la pieza de juego.

CONDE. Tu imaginacion se exalta...

CONDES. No tal.

CONDE. Y es mero capricho

CONDES. Tal vez; mas lo dicho dicho.
(*Á un caballero que se dirige desde la puerta lateral de la derecha hácia el foro.*)
Déme usté el brazo, Peralta.

ESCENA VII.

EL CONDE.

¡Miren si tiene entereza!
Confieso, aunque es de familia
mercantil, que puede Emilia
alternar con la nobleza.—
¡Y esta noche está galana!—
No merece ella por cierto...
Pero ¡si me tiene muerto
mi donosa americana!
Hay tal gracia, hay tal encanto
en mi divina criolla,
que haría perder la cholla,
no digo á mí, sino á un santo.

¡Y qué talento, qué porte,
qué travesura, qué brio!...
¡Cómo vence en señorio
á las damas de la corte!
Es la hermosura de moda,
y mas de un adorador
de alto coturno, en su honor
alzaría una pagoda.
¿Qué mucho si me arrebato
de gozo y pierdo el sentido
cuando soy el preferido
entre todo el procerato?
Mañana, tristes rivales...
Mas tiempo hay de hacer el loco.
Cumplamos ahora un poco
con los deberes sociales.
(*Vase por la puerta de la derecha, y al mismo tiempo llegan por el foro Luisa y don Luciano.*)

ESCENA VIII.

LUISA. DON LUCIANO.

LUISA. (*Soltando el brazo de don Luciano y sentándose en un sofá. Don Luciano se sienta á su lado.*)
Sentémonos.
LUCIAN. En buen hora.
LUISA. Aquí estaremos mejor.
LUCIAN. ¡Oh dicha!...
LUISA. Aunque harto he mostrado,
y, sin ir mas lejos, hoy,
que no me encuentro dispuesta
á que usted me haga el amor...
LUCIAN. ¡Ah, señora! Ese preámbulo...
LUISA. Al fin, que quieras, que no,
me ha favorecido usted
con una declaracion. —
De otro menos estimable
castigára mi rigor
con la risa del desprecio
la atrevida presuncion;

mas con usted, que es mi amigo...

LUCIAN. Gracias por tanto favor.

LUISA. Aunque no me lo agradezca,
quiero entrar en discusion.
¿Qué aliento le han dado á usted
ni mi ojos ni mi voz
para juzgarme capaz
de deshonrar al que Dios
me destinó por marido?

LUCIAN. ¡Qué quiere usted!... Uno... Yo...
Como es usted tan amable...

LUISA. Suponiendo que lo soy,
porque una hable con dulzura
á todos sin distincion,
y á ciertas galanterías
dando su justo valor,
no muerda al que se las dice
como una loba feroz,
¿se ha de entender que renuncia
á su fama, á su pudor?
No tal: pero ¿quién es dueño
de dominar su pasion...

LUCIAN. Usted bella, viva, alegre,
donosa; yo emprendedor...
Las costumbres;... el ejemplo
de otras;... el clima español...
Y si á todo esto se agrega
el estar ausente don...

LUISA. ¡Nunca está el marido ausente
para una mujer de honor!

LUCIAN. Confieso ..

LUISA. Y yo adoro al mio,
porque esta es mi obligacion;
y con ella está de acuerdo
mi gusto...

LUCIAN. ¡Eso es lo peor!—
Es decir...

LUISA. Y porque estriba
la ventura de los dos
en honrar y bendecir
el lazo que nos unió.

LUISA. Si ha tenido usted la dicha,
cuando tan escasos son
los matrimonios felices,
de hallar un marido *ad hoc*.

Esto es, un marido... En fin,
tiene usted mucha razon.

LUISA. Lo celebro. Asi proceden
los hombres sensatos.

LUCIAN. ¡Oh!
Mi sensacion...

LUISA. (Sensatez
querrá decir.) Yo me doy
el parabien de que así
se termine la cuestion,
porque conservo un amigo....

LUCIAN. ¡Oh! Sí, señora; el mayor...

LUISA. Y, hablemos claros, ni usted,
hombre de lastre y de pro,
con tan humilde conquista
cobrara mucho esplendor;
ni los hombres de negocios
conviene que al ciego Dios
se esclavicen, porque es ya
mucho negocio el amor.

LUCIAN. Con todo, en mi presupuesto
bien cabria ese renglon.
¿Qué hago yo de un capital
que crece como el arroz?
¡Talega sobre talega
y millon sobre millon!...
Yo necesito una válvula
que desestanque veloz
la plétora de dinero
con que atosigado estoy.

LUISA. ¡Cosa rara... Gaste usted...

LUCIAN. Ya vivo como un Milord.
Escandaliza á Madrid
mi lujo deslumbrador,
asiático... ¡Y nunca hay déficit
en mi caja! ¡Es maldicion!
Me sale á pedir de boca
todo lo que emprendo... ¡Ay! no,
que con usted he quebrado...

LUISA. ¿Volvemos á la cancion?

LUCIAN. No, no. Esto es contar mis cuitas...

LUISA. Sea usted el bienhechor
de los pobres.

LUCIAN. Sí, señora;
ya doy un napoleon

mensual á San Bernardino.

LUISA. ¡Oiga!

LUCIAN. Y á la Inclusa, dos.

LUISA. ¡Friolera!

LUCIAN. Pero nada;
¡ni por esas!

LUISA. Pues, señor,
como no se case usted...
Mas tiene tal aversion
al matrimonio...

LUCIAN. Invencible.

LUCIAN. (¡Qué idea! Si logro yo
que la adopte, salvo á Emilia
y humillo la presuncion
del Conde.)

LUCIAN. ¿En qué piensa usted?

LUISA. En que si es cierto el rumor
que circula por Madrid
y usted tiene comezon
de ser dadivoso, espléndido...

LUCIAN. ¡Oh! como un emperador.

LUISA. Yo sé de una escuela donde
puede usted tomar leccion...

LUCIAN. ¿Cuál?

LUISA. ¿No ha oido usted hablar
de Lucinda, de esa flor
de Occidente...

LUCIAN. ¡Oh, la limeña!...
¡Linda! ¡Hechicera!—¡Perdon...

LUISA. ¡Eh! Yo no soy envidiosa.

LUCIAN. Anteayer me presentó
en su tertulia mi amigo
el marqués del Ababol.
Su casa es el *rendez vous*
de los hombres *comme il faut.*—
Á propósito, me han dicho
que el que priva, acá inter nos,
es el Conde...

LUISA. (*Bajando la voz.*)
¡Chito! Es cierto;
mas si algun competidor
mas rico y mas generoso
se la disputase...

LUCIAN. Yo,
por ejemplo... Pero ¿quién

se la disputa á un Baron
tan ilustre, que desciende
quiza del rey que rabió?
¡Y ella es tambien aristócrata!

LUISA. ¡Calle!..

LUCIAN. Su progenitor
fué, segun cuenta, Atahualpa.

LUISA. ¿Sí? Pues se remonta al sol
su orígen.—Los tabardillos
son de la misma extraccion.—
¡Farsas!... Mas ¿qué aristocracia
es hoy dia superior
á la del dinero?

LUCIAN. Cierto.—
Y el Conde es un pobreton
si se compara conmigo.

LUISA. Con todo, si no hay postor
que puje...

LUISA. Es claro...

LUCIAN. Esta tarde
me ha enseñado don Eloy,
mi diamantista...

LUCIAN. Y el mio.

LUISA. Una alhaja de primor
que ha mandado hacer el Conde
para mañana, que son
los dias de la criolla.

LUCIAN. ¿Vagilla? ¿Aderezo...

LUISA. No.
Es un bonito alfiler
con perlas al rededor,
y de brillantes la cifra
del Conde.

LUCIAN. ¿Y valdrá...

LUISA. Doblon
mas ó menos, diez mil reales.

LUCIAN. ¡Miseria! Eso, yo lo doy
á...

LUISA. Puede usted ver la alhaja.
Vela el artífice...

LUCIAN. ¡Oh!
Eso y mucho mas merece
la inicial de un gran señor.

LUISA. No quiere ella geroglíficos
ni cifras...

LUCIAN. ¡Pues ya!
LUISA. Sinó...
Y á fe que hay joyas allí...
LUCIAN. ¡Preciosas!—Estaba por...
¿eh? por hacer una hombrada.
Son las once en mi reloj.
Si ganase por la mano
al Conde...
LUISA. Es fácil... ¿No es hoy
antes que mañana?
LUCIAN. Sí.
Abajo está mi landó.
Vuelo .. Pues ¡poca importancia...
¿eh?—poca reputacion
me dará á mí esa conquista!
LUISA. Sin duda...
LUCIAN. Sí, sí; voy voy...
¡Y qué triunfo para el cuerpo
de negociantes! ¡Qué atroz
desaire para esos godos
que nos venden proteccion
y menosprecian altivos
las *finanzas* y el *buró*!
LUISA. Y usted no será tan lerdo
que no exija...
LUCIAN. En eso estoy.
Ó yo he de mandar en gefe,
ó no hay mus.—Adios, adios.
(*Váse corriendo por la puerta del foro.*)

ESCENA IX.

LUISA.

Hé aquí una intriga..., una especie
de seduccion... Lo conozco;
pero mi intencion es buena.
No es menor de edad, ni esposo,
ni padre; el oro le abruma;
y pues de cualquiera modo
lo ha de derrochar, veamos

si ese galante episodio
tiene al menos la virtud
de salvar un matrimonio.
Emilia está exsperada;
don Federico no es bobo,
y pudiera envenenando
la herida de su amor propio...

ESCENA X.

LUISA. LA CONDESA. CARLOTA. EL GENERAL.

CONDES. Luisa, ya está aqui tu hermosa
huéspeda.
LUISA. ¡Oh querida!
(*Se besan.*)
¿Cómo,
señor General, tan tarde?
GENER. No ha podido ser mas pronto.
Me ha detenido el Ministro.
hablándome de negocios...
CONDES. Ahora el negocio es bailar.
A un lado sérios coloquios,
y á la sala.—Venga usted,
Carlotita.
GENER. Vamos...
CONDES. ¡Qué oigo!
¿Va usted tambien á bailar?
GENER. ¿Yo? ¡Un veterano... y gotoso!
CONDES. ¡Oh! pues donde hay tanta gente
se expondria usted...
GENER. Con todo,
no ha de faltar un rincon
donde...
CONDES. No: allí caben solo
los precisos operarios.
GENER. (¡Voto á brios!...) Señora...
CONDES. En otros
aposentos tendrá usted
juego, si gusta, periódicos,
conversacion, chimenea...

Porque Carlota supongo
que bailará.

GENER. (*Con poca voluntad.*)
Sí...

CONDES. Es muy justo
que luzca su talle airoso.

GENER. Y para eso ¿es menester
condenarme á mí al divorcio?

CONDES. No; mas pertenece ahora
á mi sociedad. Por cortos
momentos renuncie usted
al conyugal monopolio.

GENER. Señora...

LUISA. La acompañamos
la Condesa y yo. ¿No somos
de fiar?

GENER. Sin duda; pero...
(*Llega por el foro D. Federico.*)

ESCENA XI.

LA CONDESA, LUISA. CARLOTA. EL GENERAL. DON FEDERICO.

CONDES. Viene usted muy á propósito,
don Federico.

FEDER. (*Saludando.*)
Señoras...

CONDES. El General no está cómodo
aquí. Condúzcale usted
allá dentro...

GENER. (¡Hum!...)

FEDER. (*Ofreciéndole el brazo, que toma de mal talante el General.*)
Yo me honro...

GENER. Obedezco la consigna.
(Yo voy á estar en un potro,
mas será por poco tiempo:
lo juro á Santiago apóstol.)

ESCENA XII.

La Condesa. Luisa. Carlota.

Condes. ¡Oh qué hombre! Ni respirar
la deja á usted. Tan celoso,
tan... Pasará usted con él
las penas del Purgatorio.
Carlot. No. Santo lazo nos une,
y á su genio me conformo.
Luisa. Es justo. (¡Pobre muchacha!)
Condes. Pero hace agravio notorio
á su mujer el que así
la vigila sin asomo
de razon...
Carlot. De su flaqueza
me aflijo; no me sonrojo;
que si falta á mi ventura
la confianza de un esposo,
de mi conciencia, señora,
me conforta el testimonio,
y como nacen de amor
sus celos,... se los perdono.
Luisa. (*Acariciándola.*)
¡Bien, amiga mia, bien!
Condes. De tanta virtud me asombro
y de tanta discrecion.
¡Ay! Otros dan en el polo
opuesto, y la desdichada
mujer entre dos escollos...
(*Siguen hablando aparte.*)

ESCENA XIII.

La Condesa. Luisa. Carlota. El Baron.

Baron. (Quien diga que son manjar
ligero, insípido y flojo
las calabazas, se engaña.
Pesando están en mi estómago
las que me dió la Condesa
como si fueran de plomo.
Si otra no me desagravia,
y presto, será un oprobio
para mí... Pero ¿qué veo!
Allí está el lindo pimpollo
que ví está mañana en casa
de Luisa. ¡Qué cuerpo! ¡Qué ojos!...
¡Oh! la invitaré á bailar...
Á su lado está ese mónstruo
de crueldad... ¡Mejor! Así
verá que yo no me postro
fácilmente.)
(*Á Carlota acercándose.*)
Señorita,
si fuese tan venturoso
que bailase usted conmigo...
Carlot. No hay inconveniente.
Baron. (¡Oh gozo!)
Gracias.
(*Música dentro.*)
Ya llegó el momento...
Carlot. (*Tomando el brazo del Baron.*)
Bien.—¡Ah! el ramo...
(*Uno de flores naturales que llevaba en la mano.*)
Aqui lo pongo.
(*Lo deja sobre un velador.*)
Luisa. (*Á la Condesa.*)
¿Vienes tú?
Condes. Voy á bailar...
(*Vuelve don Federico.*)
Luisa. ¡Ah! bien.

(*Al Baron.*)
Deme usted su apoyo.
(*Toma el otro brazo del Baron y los tres desaparecen por la izquierda del foro.*)

ESCENA XIV.

La Condesa. Don Federico.

(*Hablan muy rápidamente.*)

Feder. ¿Bailamos?
Condes. Sí.
Feder. Tengo ya
la prueba que ofrecí.
Condes. ¡Cómo!...
Feder. Su rival de usted...
Condes. ¿Quién es?
Feder. Lucinda; la...
Condes. Sí. ¡Oh bochorno!
Feder. La va á regalar mañana...
Condes. ¡Cielo!...
Feder. Un alfiler...; él propio
me lo ha dicho;— con su cifra.
Lo verá usted por sus ojos
mañana.
Condes. ¿Dónde?
Feder. En la ópera.
Condes. No me toca el turno.
Feder. En otro
palco. Cuente usted con él.
Condes. Sí, sí.
Feder. Allí como en su trono,
creyéndola á usted ausente,
estará muy oficioso
el Conde...
Condes. Basta.
Feder. ¡Qué infamia!
Condes. ¡Oh!
Feder. ¡Qué falta de decoro!
Condes. Sí —Bailemos.—Nadie entienda
que inflama mi sangre tósigo

mortal.

FEDER. ¡Emilia!

CONDES. ¿Qué digo?
No con amargos sollozos,
sino con júbilo inmenso
debo acoger tan dichoso
desengaño, pues mi dulce
libertad por él recobro.
(*Con risa convulsiva.*)
Já, já... ¡Bailemos!

FEDER. ¡Oh Emilia!
Dueño de tanto tesoro
él no lo sabe estimar;
¡y mira usted con enojo
mi fé...

CONDES. No.

FEDER. ¡Qué oigo! ¿Podré
amar...

CONDES. Yo no se lo estorbo
á usted.

FEDER. ¡Ah!...

CONDES. ¡Basta! No estamos
entre ciegos ni entre sordos.

FEDER. Yo...

CONDES. La música se pierde.
¿Vamos, ó bailo con otro?

FEDER. ¡Oh! no.

CONDES. (¡Oh sociedad tirana!
Llevo en mil pedazos roto
el corazon...)

FEDER. (Será mia.)

CONDES. (¡Y risa miente mi rostro!)
(*Al retirarse la Condesa y don Federico por el foro, llega por la puerta de la derecha don Eusebio.*)

ESCENA XV.

DON EUSEBIO.

¡Gracias, inmenso Poder,
que un breve instante me zafo
de la perdurable Safo
que me diste por mujer!

Como ya en el baile es cero,
aunque dama de alta prez,
jugando está al ajedrez
con una literato huero.
Yo en tanto sigo la pista
de mi amada. Entrar la ví;
luego se detuvo aquí...
No la he perdido de vista.
Fué á bailar, no sé con quién,
y antes sobre aquel bufete
dejó un lindo ramillete...
(*Se acerca, lo toma, lo besa con precaucion, y lo vuelve á dejar donde estaba.*)
¡Qué hermosa está! ¡Oh maravilla!...
Para mi mayor tormento,
dos veces y tres y ciento
mas hermosa que en Sevilla.
¡Oh Cielo, que mi alma ves
presa de eterno martirio,
tú sabes con qué delirio
me arrojaría á sus piés!—
Perdí por loco de atar
mi terreno Paraíso...
Pero alguna vez, preciso,
nos habremos de encontrar.—
¡Ay cuitado! ¿Y para qué,
si de otro es ya dulce prenda?—
Mas temo que se sorprenda
si de improviso me vé.
¿Cómo haría... ¿Ah! La memoria
que guardo de su ternura,
y hoy me cubre de amargura
si antes de gozo y de gloria...
Esta pulsera, que ufano
(*La saca del pecho.*)
recibí de mi ángel bello
porque del propio cabello
la tejió su linda mano;
único bien que me resta
de tanta ilusion perdida
desde la amarga partida
á los dos quizá funesta,
la servirá de reclamo...
Supondrá que estoy aquí
luego que la vea... Sí.

La pongo en el mismo ramo.
(*Lo hace.*)
Perfectamente se ajusta.
(*Mostrando la puerta de la derecha.*)
Bien. Desde allí observaré
despues el efecto...
(*Dejando el ramo sobre el velador y volviendo de pronto la cabeza.*)
¿Eh?
Nadie. ¡Mi sombra me asusta!
(*Cesa la música.*)
Cesó el baile.—Aquí otra vez
vendrá... ¿Y la otra? ¡Ay! Si lo sabe...
Volvamos antes que acabe
la partida de ajedrez.
(*Váse por la puerta de la derecha, y al mismo tiempo aparecen por el foro Carlota y el Baron, de bracero.*)

ESCENA XVI.

CARLOTA. EL BARON.

BARON. ¡Qué bien baila usted! ¡Oh!... ¡Y ágil...
Pesa ménos una guinda.
CARLOT. No tal.
BARON. ¡Y elegante! ¡Y linda!
CARLOT. Gracias.
BARON. (¡Me flechó! Soy frágil.)
(*Soltando el brazo del Baron y acercándose al velador.*)
Mi ramillete...
BARON. (¡Hechicera!)
(*Lo toma y se lo dá.*)
Tome usted; mas su fragancia
es en usted redundancia.
¿Flores á la primavera?
CARLOT. Estimo...
(*Viendo la pulsera.*)
¡Ah!
BARON. ¿Qué es eso?
CARLOT. Nada.
(La pulsera... ¡Él!... ¡Está aquí!)

BARON. (Suspiró... ¿Será por mí?)
CARLOT. (¡Dios mio!)
BARON. (Está atribulada.)
¡Hermosa!
CARLOT. (*Sin oir al Baron y contemplando el ramo.*)
(¡Oh grato recuerdo!...)
BARON. (Calla, en el ramo se embebe
y ni á mirarme se atreve...
¡Me ama! ¡Sí, sí! El juicio pierdo.)
Un mismo dardo á los dos...
CARLOT. (*Volviendo de su arrobamiento.*)
¡Ah! (Este importuno... Quisiera
guardarla sin que él lo viera...)
Permítame usted...
(*Dá un paso en direccion del foro y al mismo tiempo la atraviesan de derecha á izquierda Micaela y don Eusebio.*)
¡Ay Dios!
(*Retrocede, vacila algunos instantes, y se desmaya, sosteniéndola en sus brazos el Baron. El ramo cae al suelo.*)
BARON. ¡Señorita!
CARLOT. ¡Ay!... Yo... fallezco.
BARON. Se ha desmayado... ¡No hay mas!
¡Y de amor! ¡Cielo!, me das
mas de lo que yo merezco.
En un buen cuartito de hora
¡tiene el vals tanto poder...
¡Aquí quisiera yo ver
á la altiva Senadora!...
No vuelve de su desmayo.
Llamaré...

ESCENA XVII.

CARLOTA. EL BARON. EL GENERAL.

GENER. (Basta de juego.
Buscaré á Carlota, y luego...
Pero ¿qué veo! Mal rayo...
¡En brazos de un hombre está!)

(*Acercándose apresurado.*)
¡Apártese el mequetrefe!

BARON. Mire usted, y no me befe.
Se privó...

GENER. (¿Lo finjirá?)
(*Relevando al Baron.*)
¡Venga! Mio es este censo.—
La apoyaré en esta silla.
(*La sienta en una y la sostiene.*)
Toque usted...
(*Con voz de trueno al Baron, que aturdido se acercaba á Carlota.*)
¡La campanilla!

BARON. ¡Ah! sí.

GENER. Á ella, ¡ni por pienso!
(*El Baron tira del cordon de la campanilla.*)

ESCENA XVIII.

CARLOTA. EL GENERAL. EL BARON. LUISA. LA CONDESA. DON FEDERICO.

CONDES. ¿Quién dá voces? ¡General!

LUISA. ¡Carlota!

FEDER. ¡Baron!

CONDES. ¿Qué es esto?

LUISA. ¡Accidentada!
(*Luisa y la Condesa acuden á socorrer á Carlota: aquella la abanica; esta la dá á oler su pañuelo.*)

BARON. (*A una camarera, que acude por la puerta de la izquierda.*)
¡Agua presto!
(*Váse corriendo la camarera y pocos momentos después vuelve con agua.*)

CONDES. ¿Y cuál fué la causa?

GENER. ¿Cuál?
Que hable ese caballerito;
ese raptor depravado...

BARON. (*En su voz natural.*)
Perdone usted: no he pensado...

GENER. (*Con voz estentórea.*)
¡A mí no se me alza el grito!
(*Acuden algunos de los convidados de ambos sexos.*)
LUISA. ¡Por Dios...
BARON. Quien grita es usted:
yo...
CONDES. Parece que respira.
LUISA. ¡Carlota!
CARLOT. ¡Ah!...
GENER. Bramo de ira.
LUISA. ¡El agua!
(*Toma uno de los vasos que la camarera ha traido en una bandeja.*)
CARLOT. (*Incorporándose.*)
No tengo sed.
LUISA. No importa.
(*Bebe Carlota.*)
FEDER. (*Aparte con el Baron.*)
¿Qué novelesco
lance...
BARON. Hablaremos... ¡Me adora!
LUISA. (*A Carlota, ayudándola á levantarse, dándola el brazo y dirijiéndose con ella á la puerta de la izquierda.*)
Alza.—Ven conmigo ahora
á aspirar aire mas fresco.
CARLOT. (¡Ah!) Sí.
GENER. ¿Adónde...
LUISA. (*Con gravedad.*)
Vá conmigo.
GENER. Bien.
(*Al retirarse Luisa y Carlota por la puerta de la izquierda llega por la de la derecha el Conde.*)

ESCENA XIX.

LA CONDESA. EL GENERAL EL BARON. DON FEDERICO. EL CONDE. MICAELA. DON EUSEBIO. DAMAS. CABALLEROS.

CONDE. (*Á don Federico que le sale al encuentro.*)
¿Qué ha habido aquí?
FEDER. No sé.
(*Hablan aparte.*)
GENER. En tanto, yo ajustaré

mis cuentas con este amigo.

BARON. Yo...

CONDES. (*Al General.*)
Cálmese usted, le ruego.
(*A los curiosos.*)
Señores, no ha sido nada...

MICAEL. (*Llegando con don Eusebio por la puerta del foro.*)
¿Dónde está la desmayada?
(*A don Federico en voz baja.*)
Que toquen *redova*; ¡luego!
(*Váse corriendo don Federico por el foro. Una de las damas indiferentes, figura informar de lo ocurrido á Micaela.*)
¿Qué tiene de singular
un desmayo... Ruego á ustedes...
(*Los curiosos se van retirando por el foro.*)

GENER. (*Paseándose encolerizado.*)
(Yo le diré al Ganimedes...)
(*Suena la música.*)

CONDES. ¡Ea, á bailar, á bailar!
(*Desaparecen del todo los curiosos y vuelve á la escena don Federico.*)

ESCENA XX.

LA CONDESA. MICAELA. EL GENERAL. EL CONDE. EL BARON. DON EUSEBIO. DON FEDERICO.

GENER. (*Al Baron.*)
Vamos, pues, á nuestro asunto.
Sepamos...

CONDES. No es para ahora
ni aquí el tratar...

GENER. Sí, señora.
El llanto sobre el difunto.

BARON. Veníamos ella y yo
de valsar...

GENER. ¡Valsar!... Bien; sí.
¿Y por qué venir aquí?
¿Y por qué se desmayó?

BARON. Dejó aquí un ramo de flores...

CONDES. Cierto.
BARON. Y á buscarlo vino.—
Por lo que hace al repentino
desmayo...
GENER. (Me dan sudores.)
BARON. Nuevo Atlante de otro Cielo,
en mis brazos la cojí...
GENER. ¡ Voto á briós...
BARON. Si no es por mí
dá de bruces en el suelo.
No que otro cualquiera haría
yo, filántropo, con fé
mas viva...
GENER. Yo le daré
á usted la filantropía.
CONDES. ¡ Señor General !...
BARON. Protesto...
GENER. Aquí está el ramo maldito.
(*Le coje del suelo.*)
CONDE. (Parece que el Baroncito
ha mudado de bisiesto.)
GENER. ¡ Qué veo !... ¡ Aquí un brazalete !...
EUSEBIO. (¡ Cielos !)
GENER. Ya está usted convicto.
BARON. ¡ Cómo !...
GENER. ¡ *Fragrante delicto* !
FEDER. (¡ Oiga !)
BARON. Yo... si... El ramillete...
MICAEL. (*Aparte á su marido.*)
¡ Calle !...
CONDES. (Esto pica en historia.)
BARON. Quizá esa prenda de amor
me iba á dar cuando...
GENER. ¡ Oh furor !
CONDES. ¡ Señor General !
BARON. (¡ Oh gloria !)
(*Medita en silencio.*)
CONDE. (*Al General.*)
La apariencia nos engaña
muchas veces.
EUSEBIO. (¡ Quién creyera...)
CONDES. (¿ Será cierto...)
MICAEL. (*Aparte á don Eusebio.*)
¡ Una pulsera
en el ramo !... ¡ Cosa extraña !

GENER. (*Al Conde.*)
Calla... Cavila...
CONDE. No obstante...
GENER. La conciencia le remuerde.
BARON. (¡Es tan linda!... ¿Qué se pierde...)
La Condesa está delante...
GENER. ¿Habla usted? ¡Oh! Ya se apura
mi paciencia...
BARON. El accidente
fué casual. Está inocente
esa amable criatura.
Lo primero es su decoro.
GENER. ¡Eh!...
CONDE. ¿Quién duda...
CONDES. Se supone...
GENER. Eso no quita ni pone...
BARON. (*Con entusiasmo.*)
¡Mi General... yo la adoro!
GENER ¡Ira de Dios... ¡Y se atreve
á decírmelo en mi cara!
(*El Conde y don Federico contienen al General.*)
BARON. ¿Por qué no?
CONDES. (*Al Baron.*)
Usted no repara...
(*Cierra la puerta del foro.*)
GENER. Beberé su sangre aleve.
CONDE. Está loco.
FEDER. Algun error...
GENER. ¡Oh! La bílis me rebosa.
BARON. Quizá no sea la hermosa
indiferente á mi amor.
GENER. ¡Por vida...
BARON. Quizás á mí
la inclina su simpatía...
pero ello es que todavia
no me ha dado el dulce sí.
CONDES. Mire usted...
GENER. No miro nada
Mi deber de caballero
sabré cumplir.
GENER. Eso quiero.
FEDER. (Vá á hacer alguna trastada.)
BARON. Por dicha...
CONDE. (Yo no concibo...)
BARON. Tan sagrada obligacion

es grata á este corazon
tierno y comunicativo.—
Soy título de Castilla...

GENER. ¡Eh!...

BARON. Soy Baron del Manzano,
y pues á todo me allano
y en mi nombre no hay mancilla,
vuelva á ese pecho la calma...

GENER. ¿Eh?

BARON. Y acabe esta contienda...

GENER. ¡Hum!

BARON. Dándome usted la prenda
que me ha cautivado el alma.

GENER. (*Fuera de sí y conteniéndole apenas el Conde y don Federico. Cesa la música.*)
¡Insolente!

MICAEL. ¡Peticion
singular!

BARON. Pero ¿es delito...

GENER. (*A don Federico pugnando por desasirse.*)
¡Déjeme usted! Necesito
tirarle por un balcon.

BARON. ¿Puedo hacer mas, Dios eterno?
(*De rodillas.*)
Deme usted la blanca mano
de su hija ¡padre tirano!
¿Tan malo soy para yerno?
(*Los circunstantes no pueden reprimir la risa.*)

MICAEL. ¿Padre!...

CONDE. ¡Alce usted, temerario!
(*Al General.*)
Su error se ha mostrado ya.

BARON. Es que si no me la da,
la saco por el vicario.

CONDES. ¡Eh! Basta.
(*Al General.*)
Es un aturdido.
(*Al Baron.*)
No es su padre.

BARON. ¡Ah! ¿No es usté
padre...

GENER. ¿Qué padre ni qué
demonio? ¡Soy su marido!

BARON. (*Cortado.*)
¡Perdon!... Con mucha salud

lo sea usted... Me engañó
la... (¡Soy fatal!) ¿Qué sé yo...
La inverosimilitud.
(*Nuevo movimiento amenazador del General contenido por el Conde.*)
No es decir que usted no sea
digno... (Estoy estupefacto.)
del nudo... En fin, me retracto
delante de esta asamblea.
Yo ignoraba... *Un quid pro quó...*
Hay ilusiones que engrien...
¿Lo vé usted? Todos se rien...
¡Ria usted tambien... y yo!
(*Hace por reirse.*)
Abar. Aqui no se valsa...
(*Al General.*)
Conque nada de anatema;
¿eh?—Soy de ustedes.
(*Mirando de reojo á la Condesa al marcharse por el foro.*)
(Me quema
con esa risita falsa.)

ESCENA XX.

La Condesa. Micaela. El General. El Conde. Don Eusebio. Don Federico.

Gener. ¡Oiga usted!...
Conde. No mas querella,
pues no obró de mala fé.
Condes. (¡Gracias á Dios que se fué!
Ahora acudamos á ella.)

ESCENA XXI.

Micaela. El General. El Conde. Don Eusebio. Don Federico.

Conde. Es dar sobrada importancia
á esos muñecos de féria
el tomar por cosa séria
su risible petulancia.

GENER. Siempre es sério para mí,
que tengo el alma en su puesto,
lo que afecta á mi honra; y esto
no se ha de quedar así.
MICAEL. Á una jóven verecunda
creyó ofrecer alma y vida,
núbil sí, pero no uncida
á la marital coyunda.
Así pues...
GENER. ¡Vaya al infierno!
Mataría yo á una hija
antes que tal sabandija
consiguiera ser mi yerno.
MICAEL. (*En voz baja á Don Eusebio, mientras hablan aparte con el General el Conde y don Federico.*)
Mira lo que es un enlace
designal. ¡Pobre señor!
siempre en contínuo terror...
GENER.. Pero mi mujer ¿qué hace?
CONDE. Adentro... (¡Ahora me alborota
la casa otra vez!)
GENER. Entremos...
CONDE. Bien; pero ¡nada de extremos!
Calma...

ESCEA XXII.

MICAELA. EL GENERAL. EL CONDE. DON FEDERICO. DON EUSEBIO. LA CONDESA.

CONDE. ¿Dónde está Carlota?
CONDES. No hay cuidado.
GENER. (¡Horrible noche!)
CONDE. (Sobre él va ahora el nublado.)
CONDES. Se repuso, y se ha marchado.
GENER. ¿Con quién?
CONDES. Con Luisa en su coche.
EUSEBIO. (¡Ah!)
GENER. Qué desórden es este?
Pero, ya se vé, en la Corte
estamos, y aquí el consorte

es un cero, un... ¡Mala peste!...
CONDES. Cómo estaba usted furioso...
CONDE. Por precaucion...
GENER. ¡Voto á san...
¿Piensan ustedes que están
tratando con algun oso?
En mis afectos vehemente,
ocultarlos tengo á mengua
y nunca dice mi lengua
lo que el corazon desmiente;
mas no es tal mi vandalismo
que ignore, aunque jure y riña,
lo que se debe á una niña,
lo que me debo á mí mismo.
No dudo de su honradez;
mas si otra fuese mi estrella,
no me vengaría de ella
como un villano soez;
que nunca mi frenesí
será tanto—, lo sé bien,—
que hiera alevoso á quien
no me pueda herir á mí,
y es ley de honor temeraria
lavar con mano homicida
la afrenta no merecida
con la ruindad voluntaria.
CONDE. Esa máxima es la mia,
y sin pecar de celoso...
GENER. Yo sí.
CONDES. (¡Qué alma! Á ser mi esposo
creo que le adoraría.)
GENER. No concibo amor sin celos,
como no sea el amor
que tendrán al Criador
los ángeles de los Cielos;
y con inmensa ternura
á mi mujer quiero yo,
que para algo nos echó
las bendiciones el cura;
ni yo soy, ni puedo ser,
ni hay fuerzas que á ello me venzan.
de aquellos que se avergüenzan
de adorar á su mujer.
CONDES. (¡Oh Dios mio!)
EUSEBIO. (¡Oh justo cielo!)

GENER. Libre ella, libre yo fuí
cuando nos dimos el sí
y nos cubrió el santo velo;
y no adquirimos la gracia
de ser el uno del otro
para gemir en el potro
de la yerta diplomacia;
y es natural y evidente
que la mujer que elegí
la quiera yo para mí;
para mí exclusivamente.
No es mucho con tal belleza
que me la codicie alguno;—
ni que al galan importuno
le rompa yo la cabeza.—
Nada de esto es de buen tono;
mas yo no supe jamás
remedar á los demás;
que soy hombre; no soy mono.
Muchos se reirán de mí,
pero huyendo de Castilla
diré á la torpe cuadrilla
que suele afrentarla así:
si cede á embates tan recios
el hombre sencillo y probo;
si han de dominar el globo
tunos, coquetas y necios,
prefiero la soledad
del valle, el monte y la selva.
¡Adios! No espereis que vuelva.
¡Dios salve á la sociedad!
(*Se retira apresurado: la Condesa y el Conde hacen un movimiento para detenerle, pero en vano; cada interlocutor muestra en su rostro y ademanes, segun su caracter respectivo, la viva impresion que le han causado los últimos versos; toca dentro la música y cae el telon.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Jardin con arbolado en casa de Luisa. A la derecha la fachada interior de la casa, con dos pisos, persianas en ambos y la puerta que da al jardin: al mismo lado una mesa rústica y á su inmediacion asientos de la misma clase: adornos de jardin á la izquierda *ad libitum*: arboleda en el foro, que se extiende de una línea de bastidores á la otra y en el último término una verja abierta.

ESCENA PRIMERA.

LUISA. LA CONDESA.

(*Aparecen besándose. La Condesa acaba de entrar.*)

CONDES. No dirás que no te quiero
cuando vengo de trapillo
á tu casa.
LUISA. Aunque en el alma
tu puntualidad estimo,
por tu interés te he llamado,
Emilia; no por el mio.
CONDES. Convidados nos tenias
á almorzar á mi marido
y á mí para hoy...

LUISA. Es cierto;
y al señor don Federico,
y á Micaela y su esposo
y al bolsista consabido.
Tengo huéspedes en casa.
Con tan plausible motivo ..
CONDES. Ya comprendo; pero si antes
de una hora era preciso
el vernos, ¿por qué me llamas
con urgencia... ¡ Ah! ya adivino...
La escena de anoche... Díme:
¿qué es de Carlota? ¿Qué ha dicho
el General? ¿Se han hablado?
¿Se disolverán los vínculos...
LUISA. No lo sé. No han vuelto á verse.
Con lágrimas y suspiros
que está inocente me jura
Carlota, mas del sombrío
silencio del General,
de su genio tan arisco,
tan suspicaz, tan indócil
nada bueno pronostico.
CONDES. Silvestre es el veterano
y áspero como un erizo,
mas ¡qué corazon tan noble!
Si tú le hubieras oido
anoche...
LUISA. En fin, ya veremos.
Trabajaré con ahinco
por restituir la paz
y la dicha que ha perdido
á ese infeliz matrimonio;
y aun á otro... Hoy me dedico
á obras de beneficencia
conyugal, aunque no aspiro
á la gloria de filántropa,
como el Baron...
CONDES. ¡Qué ridículo
personaje!
LUISA. Mas por tí,
amiga mia, principio,
porque te amo, y porque acaso
necesitas mis servicios
mas que otros...
CONDES. ¡Soy desgraciada!

LUISA. Lo sé: y estás en peligro
de serlo aun más.
CONDES. No es posible.
Encenagado en el vicio,
mi marido me abandona;
me sacrifica el indigno
á una infame aventurera...
LUISA. Es verdad.
CONDES. Seré el ludibrio
de la Corte.
LUISA. Lo serás
si no oyes, Emilia, el grito
de tu deber y la voz
de tu amiga.
CONDES. No concibo...
LUISA. No me engañes ni te engañes
á ti misma. Ya conmigo
es ocioso el disimulo.
Las culpas de un fementido
consorte podrán herir
tu amor propio y dar martirio
á tu corazon; podrán
sellar tu rostro marchito
con la huella del dolor;
pero alzar podrás altivos
los ojos, que solo humillan
infortunios merecidos.
Mas si oyes las sugestiones
del orgullo, y en inicuo
pacto venganza y lisonja
rompen como frágil vidrio
el escudo de tu honor,
¡ay de ti! La suerte quiso
que para nosotras fuese
en semejantes conflictos
ménos triste y dolorosa
la impunidad que el castigo.
CONDES. ¡Buen Dios!
LUISA. Sosiégate, Emilia.
Por dicha, los extravíos
de un marido no son siempre
irreparables. Yo insisto
en que el Conde todavía
guarda en su pecho vestigios
del amor que le inspiraste.

Vela por tí mi cariño
desde ayer, y á Su Excelencia
preparo un golpe imprevisto
que á tí te vengue, y acaso
le corrija á él.

CONDES. ¡Dios mio!
¿Será posible... ¡Ah! Te engaña
la amistad...

LUISA. No. Pero exijo
de tí...

CONDES. Pídeme la vida...

LUISA. No es tan grande el sacrificio.
Hay un seductor protervo
que con máscara de amigo
proyecta tu perdicion...

CONDES. No tal. ¿Quién...

LUISA. Don Federico.
No me lo niegues. Sagaz,
perseverante y asiduo,
de los excesos del Conde,
que halaga quizás él mismo,
de tu mujeril flaqueza...;
de todo saca partido.

CONDES. No temas. Le oigo... y no mas.
Yo evitaré un compromiso...
Me ama; es verdad; pero yo...

LUISA. Tú amas solo á tu marido;
y de tus celos, no obstante,
el desgarrador suplicio,
si mi consejo no tomas
te arrastrará al precipicio.

CONDES. ¡Luisa!

LUISA. Es forzoso, es urjente
hacer levantar el sitio.

CONDES. ¿Cómo...

LUISA. Con un pasaporte,
pero en regla, al enemigo.

CONDES. ¿Y qué pretexto daré...

LUISA. ¡Pretexto! ¿Estás en tu juicio?
¡Pretexto para alejar
de tu lado á un libertino
que fragua tu deshonor!

CONDES. Para él no lo necesito;
mas querrá saber el Conde
por qué causa le despido;

y ni á callar la verdad
ni á decirla me resigno;
que con callarla me culpo
y con decirla me humillo.

LUISA. Disculpo en tu situacion
tan singular raciocinio,
y mejor será que sola
me dejes mover los hilos
de mi trama, por tu bien
urdida. Solo te pido
que te dejes conducir
al puerto cuando propicio
sople el viento.—Pero el tiempo
se pasa, y aunque muy lindo,
tu modesto *negligé*
no conviene á mis designios.
Á la mas alta hermosura
no perjudica el auxilio
del tocador.

CONDES. ¿Tocador
para él? ¡Tiempo perdido!

LUISA. No tal.

CONDES. Volveré á mi casa...

LUISA. Es inútil. Yo he provisto
á todo.—Sube á mi cuarto.—
Al momento soy contigo.

ESCENA II.

LUISA.

¡Cuánto será mi placer,
buen Dios, si hoy los reconcilio...
Sí; lo espero.—Mas ¡la pobre
Carlota... ¡El pobre Merino...
Difícil es... ¡Oh himeneo!
¿Qué mucho si envilecido
te ves, cuando tantos votos
necios, fatales, sacrílegos
se pronuncian en tus aras?

Venturosa yo, bendigo
tus lazos, mas contagiada
no estoy del vil egoismo
que corrompe y gasta y pierde
la sociedad en que vivo,
y mi corazon...

ESCENA III.

LUISA. MARTIN.

MARTIN. (*Viniendo de la casa.*)
Señora...
LUISA. ¿Qué hay?
MARTIN. Guillén pide permiso...
LUISA. ¡Ah! sí, el criado del Conde...
Voy...
(*Martin vuelve á entrar en la casa. Déjanse ver hácia la izquierda del foro en direccion al proscenio el General y Micaela.*)
Por entre aquellos tilos
en animado coloquio
á Micaela distingo
y al General; vendrá el Conde,
y arriba... El Cielo benigno
nos alumbre á mí y á todos
en tan ciego laberinto.

ESCENA IV.

MICAELA. EL GENERAL.

GENER. Sí, señora; ella es honrada
y el Baron un zascandil;
mas se verá bloqueada
de otros ciento y otros mil.
En contínuo sobresalto
viviré con tal jauría,

que á un asalto y otro asalto
Gibraltar se rendiría.

MICAEL. ¡Eh! Destierre usted del alma
tan siniestro vaticinio,
que si pierde asi la calma
es seguro su exterminio.
Cierto es que en este Madrid
hay mil riesgos, mil escollos
y es muy desigual la lid
con una legion de pollos;
pero confianza en Dios...
Lo malo es..., y no me riña
usted, lo digo inter nos...

GENER. ¿Qué?

MICAEL. Que ella sea tan niña.

GENER. ¡Niña! La que no lo fuë
para el propio bienestar
¿lo será para la fé
que me juró en el altar?
¡Niña! Cuando esa hermosura
mi mano aceptó y mi lecho
¿la puse yo por ventura
algun puñal en el pecho?
¡Y esto saca á colacion
la que con tal regocijo
dió su albedrío á un garzon
que pudiera ser su hijo!

MICAEL. Me lleva usted doce ó trece
Octubres, y no se asombre...

GENER. ¡Eh! La mujer envejece
veinte años antes que el hombre.

MICAEL. Sí; la que solo es bonita
pronto en el olvido yace;
mas la mujer erudita...

GENER. Es vieja desde que nace.

MICAEL. ¡Blasfemia! Á la poesía
la senectud nunca embiste!
Aun pintan moza á Talía
y há treinta siglos que existe.

GENER. ¡Delirios! ¿Qué privilejio
da Apolo ni su academia...

MICAEL. Mi...

GENER. Usted será del colegio.

MICAEL. Yo...

GENER. Es general la epidemia.

MICAEL. ¡Ba! Yo mi vida no abrevio
con tan funesto presagio.
Mi amante y leal Eusebio
se librará del contagio.
GENER. ¿Cómo no está por aquí?
MICAEL. Á cobrar fué una libranza...
Pero no vive sin mí...
GENER. ¡Hum!
MICAEL. Vendrá aquí sin tardanza.
GENER. Aflójele usted la rienda,
y algun dia llorará...
MICAEL. Sujete usted á su prenda,
y el diablo la soltará.
GENER. ¡Ay! el diablo nos azora
en la puente y en el vado,
porque el mal está, señora...
MICAEL. ¿En qué?
GENER. En habernos casado.
MICAEL. Yo...
GENER. Perdida ¡oh Cielos! anda
por aldeas y ciudades
la institucion veneranda
de que ambos somos cofrades.
Ni vale á un triste consorte
que en nobleza y en caudal
exceda y en gala y en porte
al preferido rival.
Y si en el florido Mayo
á tantos llega su vez,
¿cómo librarse del rayo
la desolada vejez?
MICAEL. (¡Me hace temblar!)
GENER. No es mentira:
parece obra del demonio
segun el mundo conspira
contra el santo matrimonio.
Nunca falta un ciudadano
que audaz nos ronde la puerta,
¡y nunca hay un buen cristiano
que del riesgo nos advierta!
¿Qué mucho? ¡La propia fama
pende de ajeno desliz,
y ridículo se llama
al que solo es infeliz.—
El espíritu celebran

de asociacion muchas gentes...;
¡no los cuitados que quiebran
por crédulos é inocentes!
Mi razon no lo recusa,
aunque por acá no pruebe,
pero de todo se abusa
en el siglo diezinneve.
Por todas partes pululan
las empresas de seguros,
y unas á otras se estimulan...
para sacarnos de apuros.
Seguros contra granizos,
y en pró de vidas y haciendas,
y de méritos postizos
que husmean ricas prebendas:
seguros hay de valor
entre cuatro fanfarrones,
y aun de probidad y honor
entre esbirros y ladrones:
seguros para el talento,
que en la córte de Castilla
dan diploma de jumento
al que no es de su pandilla;
y en fin,—¡tiempos corrompidos!—
la sociedad que se vé
mas en áuge ¡ay! es la de...
¡seguros contra maridos!

MICAEL. Sí; por desgracia es muy cierto;
cunde demasiado el mal,
y aunque yo estoy á cubierto
de tan recio temporal,
si no obra Dios un portento
en favor del Catecismo,
al séptimo sacramento
amenaza un cataclismo.
La corrupcion inmoral
triunfa; la virtud emigra...
¡Al arma, mi General!
¡El matrimonio peligra!—
Mas me ocurre un pensamiento
luminoso, singular...
(*Viendo aparecer á Luisa por la puerta de la derecha.*)
¡Ah! ¡Luisa! En mejor momento
no pudiera usted llegar.

ESCENA V.

MICAELA. EL GENERAL. LUISA.

LUISA. (*Acercándose.*)
¿De qué se trata?
MICAEL. Se trata
de nuestra causa comun.
¡La inspiracion me arrebata!
¿Cuento con usted?
LUISA. Segun.
MICAEL. Vista la guerra insolente
y el osado merodeo
de que es víctima inocente
la coyunda de Himeneo:
visto que gente baldía
contra nosotros se asocia
y como vil mercancía
con nuestra mengua negocia;
y, romano ó visogodo,
no hay fuero que la escarmiente,
porque siempre encuentra modo
de cubrir el expediente;
pues, rota al pudor la valla,
el que es sabedor del fraude
ó alza los hombros y calla,
ó tal vez rie y aplaude;
visto, en fin, que no hay poder
que sin apoyo se ejerza;
pues se sabe, y no de ayer,
que en la union está la fuerza;
ya que contra la hermandad
los libertinos impuros
han formado sociedad
de recíprocos seguros,
asociémonos tambien,
y no haya tregua ni cange.
¡Veremos quién vence á quién
falange contra falange!
GENER. ¿Esa es la feliz idea?

MICAEL. Sí; unamos nuestros destinos
y á tan augusta asamblea...
GENER. No diga usted desatinos.
MICAEL. ¡Desatino una pragmática
que salve á la gran familia
con la doctrina homeopática
de *similibus similia*!
¡Desatino en teorema
en que aplico al Himeneo
y al celibato el sistema
del equilibrio europeo!
GENER. No hay pragmática que importe
ni teoria nueva ó vieja
si vé ó recela un consorte
que le vende su pareja.
Fuente de males eternos
fuera ese vano equilibrio,
que acabaria de hacernos
mofa del mundo y ludibrio.
¡Seguros! ¿Quién tal pensó?
Para el que caiga en la red
tres caminos veo yo,
y ninguno es el de usted.
Ó cortar con fuerte mano
el nudo del matrimonio,
como hizo con el gordiano
aquel bravo macedonio;
ó cerrar á la evidencia
los ojos y los oidos
y llevarlo con paciencia
como hacen tantos maridos,
ó para abreviar el plazo,
y con él mas de un tropiezo,
desatar el dulce lazo...
echándose otro al pescuezo.
LUISA. ¡Oh! no diga usted locuras.
Carlota le guarda fé.
¿A qué soñar desventuras
cuando...
GENER. Quizá soñaré;
mas Madrid me tiene en vilo,
señora.
LUISA. ¡Es posible!
GENER. Sí,
y yo no estaré tranquilo

hasta que salga de aquí.

LUISA. No es tan perversa la corte
como...

GENER. ¡Sí!—Voy ahora mismo
á pedir un pasaporte.
Me condeno al ostracismo.
Aquí no vive un casado;
aquí... Me daré de baja...

LUISA. ¿Cómo...

GENER. Renuncio al Senado;
y si es preciso, á la faja.

MICAEL. ¿Y deja usted á la bella
Carlota...

GENER. ¿Dejarla? ¡No!
Pues ¡eso quisiera ella!
Irá adónde fuere yo.

LUISA. Y adónde irá usted...

GENER. No sé...
Muy lejos: á Filipinas...
No; allí hay poblacion. Me iré...
á las islas Chafarinas.

ESCENA VI.

LUISA. MICAELA.

LUISA. ¡General!

MICAEL. ¡Pobre intelecto!
Ese hombre es una marmota.
Pues ¿no es mejor mi proyecto...
¿Eh?

LUISA. (*Sin prestar atencion.*)
Cierto. (¡Infeliz Carlota!)

MICAEL. Voy, voy á extender las bases
arriba sin dilacion.
Con permiso...
(*Para sí y entrando en la casa.*)
Cuatro frases
por vía de introduccion...

ESCENA VII.

LUISA.

Aquel se vá furibundo:
esa á escribir disparates;
el otro... Vamos; el mundo
es una casa de orates.

ESCENA VIII.

LUISA. DON LUCIANO.

LUCIAN. (*Apareciendo por la puerta de la derecha.*)
¡Luisa!
LUISA. ¡Oh don Luciano!
LUCIAN. Estoy
en grande. Recibirá
muy en breve Su Excelencia
su pasaporte formal,
si ya no lo ha recibido.
LUISA. ¿De veras? Muy eficaz
ha sido usted. ¿Y se trata
de despedida verbal...
LUCIAN. No; por escrito. Yo propio
dicté la carta.
LUISA. ¡Eso mas!
LUCIAN. Sí; soy ya en aquella casa
un autócrata, un Sultan.
¡Se ha lucido el señor Conde!
Con toda su vanidad
¡verse... No tiene vergüenza
si no se tira al canal.—
Como á usted debo mi triunfo,
las gracias le vengo á dar...
LUISA. No á mí; al oro...
LUCIAN. No me hubiera
ocurrido á mí jamás
la idea... ¡Ah! tambien, Luisita,
aunque lo siento en verdad,

vengo á suplicar á usted
que no me espere á almorzar.
Me convida la limeña...

LUISA. ¿Sí? (Caro te costará.)
¡Gran fineza!

LUCIAN. Es muy rumbosa.
Yo la voy á regalar,
á fuer de hombre agradecido,
el precioso *charaban*
que recibí de París
hace ocho dias, y un par
de yeguas anglo-sajonas
que valen un dineral.

LUISA. ¡Bravo! Pero mire usted
que en breve se arruinará
si prosigue...

LUCIAN. No hay cuidado.
Gastaré la cantidad
para este fin presupuesta,
y fuera de ella ni un real.

LUISA. Siendo así... Conque ¿hasta en eso
calcula usted...

LUCIAN. Claro está.
Ó soy hombre de negocios,
ó no lo soy.—Ademas,
necio fuera en arruinarme
por un capricho fugáz.
Ha podido la criolla
mis sentidos fascinar,
pero el corazon... ¡Ay! Ese...

LUISA. (*Interrumpiéndole.*)
Almorzará usted allá
mejor que aquí, y estaremos
todos con mas libertad.

LUCIAN. ¡Con mas libertad!

LUISA. Sí; el Conde
va á ser hoy mi comensal.

LUCIAN. ¡Oiga!

LUISA. Y para ambos seria
desagradable manjar
la presencia...

LUCIAN. Yo no temo
ver cara á cara á un rival.

LUISA. Pero á mí no me está bien
que haya en mi casa lugar

á escenas... Por otra parte,
tambien Emilia vendrá...

LUCIAN. ¡Ah!

LUISA. Ya ve usted... Y otros dos
matrimonios...

LUCIAN. ¿Cuáles? ¡Ah!
Micaela y don Eusebio,
Carlota y el General.

LUISA. Y yo tambien soy casada.

LUCIAN. ¡Ah!... Cierto. ¡Es particular!
¡Un congreso de casados!

LUISA. Sí; una fiesta conyugal,
en la cual seria usted
profano.

LUCIAN. ¿Sí?

LUISA. Tengo un plan...

LUCIAN. ¡Un plan...

LUISA. Ni á usted le conviene
roce tan perjudicial...

LUCIAN. Sí, sí; evitemos el riesgo
de que me tiente Satan
á entrar en la cofradía
y á ser... Abur.
(*Se va por la casa.*)

ESCENA IX.

LUISA.

¡Lo serás!
Justamente entre los necios
que yo conozco no le hay
de un corte mas á propósito
para esa calamidad.

ESCENA X.

LUISA. EL BARON.

BARON. (*Llegando por el foro.*)
¡Amable Luisa!
LUISA. ¿Quién llega?
(¡El Baron! Otro que tal.
¿Cómo se atreve...)
BARON. Señora,
usted disimulará
que á una hora intempestiva
venga... Pero es natural
mi impaciencia...
LUISA. ¡Temerario!
(Si no le hago despejar
pronto, va á comprometerme...)
BARON. ¿Qué escucho! ¿Es temeridad
la tierna solicitud
con que me vengo á informar
de la salud...
LUISA. ¿De quién? ¡Pérfido!
BARON. De usted...
LUISA. ¡No! De otra...
BARON. Yo... ¿Cuál?
LUISA. Una víctima infeliz.
¿Se viene usted á gozar
en su llanto?
BARON. ¡Oh Dios! ¡Carlota...
Llora por mí esa beldad
sujeta al bárbaro yugo
de un marido montaraz,
de un...
(*Bajando la voz.*)
¿Está aquí el veterano!
LUISA. No; pero pronto vendrá.
BARON. No importa. Soy caballero:
no la debo abandonar.
LUISA. ¡Y que haya aquí un lance trágico...
BARON. No. Desarmaré sagaz
la cólera del marido.
(*Sonriéndose.*)

Con ellos hay que guardar
miramientos... ¿Eh? Por eso
no se deshonra un galan.

LUISA. (¡Botarate!) Pues con él
no es fácil capitular.

BARON. ¡Ba, ba!

LUISA. Ha jurado cortarle
á usted las orejas.

BARON. ¡Ba!
(¡Zape!)

LUISA. Y aun si fuera él solo...
¡Huya usted de aquí, hombre audaz,
hombre peligroso!

BARON. ¡Calle!...
¡Peligroso...

LUISA. ¿Dónde está
la filantropía?

BARON. Pero,
si no es solo el General,
¿quién es... el otro...

LUISA. El marido
de Emilia.

BARON. ¡El Conde!

LUISA. Pues. ¡Ay
todo lo sabe.

BARON. ¿Sí? Y ella...

LUISA. ¡Otra víctima fatal!
Y hoy viene á almorzar aquí...

BARON. ¿Él, ó ella?

LUISA. Ambos á la par.
Líbreme usted de un conflicto...
dos conflictos...; ¡tres quizá!

BARON. ¿Tres? Pues ¿cuál es el tercero?
(¡No es nada de ayer acá
lo que he crecido!) ¿Cuál es...

LUISA. No sé; pero si mi paz
le interesa á usted...

BARON. (¡Ay ella
tambien! Un terno cabal.)

LUISA. Váyase usted pronto, pronto.

BARON. ¡Oh Luisa!...

LUISA. Siento parar
un coche...

BARON. ¡Adios!—¿Por la verja?

LUISA. ¡No!

(*Mostrándole la puerta interior.*)
Por allí.

BARON. ¡Adios!...

LUISA. ¡No mas!

BARON. (¡Soy peligroso!... De gloria
no quepo en la capital.)

ESCENA XI.

LUISA.

¡Gracias á Dios! Un estorbo
menos.—El Conde será...
(*Aparecen por el foro el Conde y don Federico.*)
Cierto: con su fiel Acates.
¡No me dejan respirar!

ESCENA XII.

LUISA. EL CONDE. DON FEDERICO.

LUISA. Muy bien venidos, señores.

CONDE. Luisa...

FEDER. Señora...

LUISA. (¡Ahora es ella!)

CONDE. ¡En el jardin y tan bella!
Tendrán envidia las flores.

LUISA. ¡Siempre galante!

CONDE. ¿Qué tal
desde anoche?

LUISA. Bien.

CONDE. ¿No ha habido
consecuencias... No me olvido
del bueno del General.

LUISA. Por ahora hay paz.

CONDE. ¿Y dónde...

ESCENA XIII.

LUISA. EL CONDE. DON FEDERICO. MARTIN.

MARTIN. Señora...
LUISA. ¿Qué hay?
MARTIN. Un criado
este billete me ha dado...
(*Tomándole y viendo el sobre.*)
Es para usted, señor Conde.
(*Le da el billete.*)
MARTIN. (*Al Conde.*)
Estuvo en casa de ucencia...
CONDE. Ya hace rato que salí.
MARTIN. Y le digeron que aquí...
CONDE. Cierto. (Es de ella.) Con licencia...

ESCENA XIV.

LUISA. EL CONDE. DON FEDERICO.

LUISA. Sí.
CONDE. ¿Se va usted? No es razon...
LUISA. Tengo que hacer... Vuelvo al punto.
(Por si es lo que yo barrunto
estaré en observacion.)

ESCENA XV.

EL CONDE. DON FEDERICO.

CONDE. (*Abriendo la carta.*)
Es de Lucinda, que ya
su letra me es conocida.
Se mostrará agradecida

al obsequio...
(*Lee para si.*)

FEDER. Claro está.

CONDE. (*Representando y leyendo alternativamente.*)
¿Qué es esto?

FEDER. ¿No es de ella?

CONDE. Sí.—
Me despide con rigor.—
Cierra su puerta á mi amor...

FEDER. ¡Cómo!...

CONDE. Estoy fuera de mí.
¿No soy el mismo de ayer?

FEDER. (¡Luciano!...)

CONDE. ¡Á tanto se atreve...
Me vengaré.

FEDER. Eso es aleve.

CONDE. Mas ¿cómo... ¡Oh rabia! ¡Es mujer!

FEDER. Cierto. (No sería malo
que un nuevo escándalo diese.)

CONDE. (*Estrujando la carta.*)
¡Si yo al rival conociese
á quien debo este regalo!...

FEDER. Quizá... (Perdone el bolsista.)

CONDE. ¿Eh?

FEDER. De uno sospecho yo...

CONDE. ¿Quién?

FEDER. No há mucho se jactó
de haber hecho esa conquista.

CONDE. (*Furioso.*)
¿Quién?
(*En voz baja viendo que vuelve Luisa.*)
¡Silencio!
(*Guarda la carta.*)

ESCENA XVI.

EL CONDE. DON FEDERICO. LUISA.

LUISA. Señor Conde,
hablarle á usted me es preciso,
á solas, si da permiso
el señor de Vaamonde.

CONDE. ¿Qué ocurre?
FEDER. Con mucho gusto.
CONDE. Soy con usted al instante.
FEDER. Soliloquiaré ambulante
entre la flor y el arbusto.

ESCENA XVII.

LUISA. EL CONDE.

LUISA. La franqueza es mi divisa,
Conde. Oiga usted sin enojo
lo que á decirle me arrojo...
¡con harto disgusto!
CONDE. ¡Luisa!
LUISA. Lo sé todo. Es vano intento
negarme usted...
CONDE. ¿Qué razon?
LUISA. Yo veo su corazon;
yo leo su pensamiento.
desdeñoso hasta el insulto
con Emilia...
CONDE. ¡Yo...
LUISA. Sí tal.
Á una hermosura venal
daba usted indigno culto.
CONDE. ¡Yo... ¿Quién... (Estoy en un potro.)
LUISA. Y ella por vil interes,
obrando como quien es,
le ha dejado á usted por otro.
CONDE. (¡Pérfida!)
LUISA. Y á usted le espanta
lo que ya esperar debía,
y desafiar quería
al necio que le suplanta.
CONDE. ¡Señora!...
LUISA. ¡Torpe querella!
Semejante mujercilla
¿merece que haya en la villa
un lance sério por ella?
¿Hay ley que á los hombres mande,

de una buscona al antojo,
por vengarse de un sonrojo
caer en otro mas grande?
Y sobre ese vituperio...
Yo siento no ser mas suave,
Conde, mas la herida es grave
y necesita cauterio.—
Y sobre hacer tal niñada
la hacia usted de tal modo,
que iba á arrastrar por el lodo
su fama nunca manchada.

CONDE. ¡Es posible!...

LUISA. Sí, señor.
¿No es triste fatalidad
que sea la vanidad
mas celosa que el honor?

CONDE. ¡Cómo!...

LUISA. ¿Á quién para testigo
de ese temerario duelo
elegía usted! ¡Oh Cielo!...
¡Á su mayor enemigo!

CONDE. ¿Don Federico! ¡Oh sorpresa!

LUISA. Sí; le engaña á usted, le vende.

CONDE. ¡Él!

LUISA. Ya ha dias que pretende
seducir á la Condesa.

CONDE. ¡Traidor! En su sangre aleve...

LUISA. ¡Sí; y ruede el honor de Emilia
y el de una ilustre familia
por las lenguas de la plebe!

CONDE. ¡Y ella...

LUISA. Es inocente; sí;
pierde el tiempo quien la hostiga.
Yo respondo de mi amiga
como pudiera de mí.—
Y aquí para entre los dos,
con un marido tan loco,
en ser buena no hace poco
para el mundo y para Dios.

CONDE. ¡Es verdad! No hice justicia
á su mérito; falté...

LUISA. ¡Y ahora se la hace usté
porque otro se la codicia!
¡He aquí lo que es el hombre!

CONDE. ¡Oh Luisa!... Mas ¿sin castigo

quedará el infiel amigo...
¡No, por vida de mi nombre!

LUISA. Lo tendrá, y muy ejemplar
con ver, como no lo dudo,
más estrecho y firme el nudo
que esperaba desatar.

CONDE. ¡Oh! sí, sí; con fé sincera
cifro ya en él mi ventura;
mas lo que ahora me apura,
me aflije y me desespera...

LUISA. Lo sé.

CONDE. ¡Cómo!

LUISA. Eso se palpa.
Es el tormento cruel
de hacer tan triste papel
con la nieta de Atahualpa.
¡Eso es terrible! No obstante,...

CONDE. He dado un paso...

LUISA. Lo sé.
Mientras le escribia á usté
declarándole cesante,
sin sospechar la tramoya,
usted en su gabinete
unia á un tierno billete
los primores de una joya.

CONDE. Cierto.—Pero era un arcano,
y usted... Esto me sorprende
y me asombra. ¿Es usted duende,
ó algun ángel sobrehumano...

LUISA. ¡Ángel; duende!... Nada de eso.
No, no es tanto mi poder.
Soy una pobre mujer
que tiene cabal el seso.—
Y á usted le toca mejor
que á mí, que de nada valgo,
tener juicio; que por algo
le han nombrado Senador.—
Ea pues, valor y calma,
que el asunto lo merece;—
ni vendrá mal que usted rece
con todo el fervor de su alma...

CONDE. ¡Luisa!

LUISA. Á la Vírgen María;
y saldrá usted del apuro
á puerto franco y seguro

con su ayuda y con la mia.
Por de pronto,... he aqui el billete
pecador.
(*Saca uno cerrado y se lo entrega.*)
Nadie lo ha abierto.

CONDE. ¡Gracias!—Mas ¿cómo... No acierto...

LUISA. Oiga usted y no se inquiete.
He seducido á Guillen.

CONDE. ¡Á mi criado!

LUISA. Sí tal.
Como otros para hacer mal,
yo intrigo para hacer bien.—
Concédale usted perdon
porque ha obrado sin malicia.
No he tentado su avaricia,
sino su buen corazon.

CONDE. ¡Oh! mi lengua no le acusa.
Premio merece...

LUISA. Es verdad.

CONDE. ¡Dichosa infidelidad
que tal bochorno me excusa!—
Pero falta... el alfiler...

LUISA. (*Tentándose.*)
¡Ay! ¿lo habré perdido?
(*Fingiendo llamar.*)
¡Pepa!...
No sé...
(*Aparece la Condesa, sin verla el Conde, por estar de espaldas.*)
Puede que lo sepa...

CONDE. ¿Quién?

LUISA. (*Sonriéndose y llamándole la atencion hácia la puerta.*)
Emilia.

CONDE. (*Perfilándose.*)
¡Mi mujer!
(*La Condesa se acerca, vestida ya con mas esmero. Lleva prendido el alfiler en cuestion.*)

ESCENA XVIII.

LUISA. EL CONDE. LA CONDESA.

CONDES. ¡Fernando!
CONDE. ¡Emilia! (Prendido
lo lleva. ¿Qué diré ahora?)
CONDES. Las gracias te vengo á dar,
á fuer de rendida esposa,
por tu fineza.
CONDE. No vale
nada... (La vergüenza agolpa
mi sangre al rostro.)
CONDES. Has tenido
buen gusto; mas ni al aljófar,
ni al oro, ni á los brillantes
doy valor en tan preciosa
alhaja, sino á la cifra
con que de tu amor blasonas.
CONDE. Si eso te dicta el cariño,
replicar al mio toca
que ahora es cuando á mis ojos
tiene mérito la joya,
pues con prendértela al pecho
á ella y á mí nos honras.
CONDES. ¡Conde!...
LUISA. (Están en buen camino,
y don Federico asoma...)
(Aparece en efecto por la izquierda del foro y paseando hácia la derecha del mismo. Luisa hace un movimiento para salirle al encuentro.)
CONDES. ¿Te vas?
LUISA. *(En voz baja.)*
Ya no te hago falta.
Vuelvo. (Acabemos la obra.)

ESCENA XIX.

LA CONDESA. EL CONDE. LUISA. DON FEDERICO.

(*Los dos primeros, en el proscenio: los otros dos en el foro hablando en voz baja y mostrando en los ademanes que observan y comentan lo que hace y dice la otra pareja. A medida que progresa la escena se van acercando, pero sin llegar á salir de entre los árboles.*)

CONDES. Grande cuanto inesperado
es mi gozo, sin lisonja,
pues tan galante se muestra
el dueño que el alma adora.
CONDE. ¡Inesperado! ¿Por qué?
CONDES. Ayer mismo desdeñosa
tu frente...
CONDE. Emilia, borremos
para siempre la memoria
de quejas y disensiones
cuya culpa es mia toda;
¡lo confieso!
CONDE. ¡Ah! no: tambien
he pecado yo por sobra
de orgullo... Tú me has amado
siempre: ¿verdad?
CONDE. (Ella ignora
sin duda...) Sí, esposa mia.
LUISA. (*A don Federico.*)
¿Se convence usted?
FEDER. ¡Eh! fórmulas...
Se engañan el uno al otro.
CONDE. ¿Qué mas placer, qué mas gloria
para mí que poseer
tu suave mano...
(*Se la toma y la besa.*)
LUISA. (*A don Federico.*)
¿Y ahora?
FEDER. ¡Pche!... (¡Me ahorcara!)
LUISA. Es de advertir

que creen estar á solas.

CONDES. ¡Ah! tú me vuelves la vida.

CONDE. Su paz el alma recobra.

CONDES. ¿Será tu lábio sincero?

CONDE. ¿Lo será tu linda boca?

LUISA. (*A don Federico.*)
¡Bien! Oiga usted. Esto marcha.

CONDES. Renacer veo la aurora
de mi dicha, que creí
condenada á eterna sombra.

CONDE. Hoy, — lo juro por tus ojos
hechiceros, prenda hermosa...

LUISA. (*A don Federico.*)
¡Váyase usted!

CONDE. Hoy te quiero
mas que el dia de la boda.

CONDES. ¡Oh Fernando!...

FEDER. (*A Luisa.*)
Otra le queda.

CONDES. ¡Ven á mis brazos!
(*Se abrazan.*)

LUISA. ¿Eh?

FEDER. (¡Sopla!)

CONDE. Mi paraíso está en ellos.

LUISA. ¿Qué tal? Y eso ¿es ceremonia?

CONDE. Mas ¡ah! no debo aceptar
la absolucion que me otorgas
sin que antes en penitencia
mis graves pecados oigas.

CONDES. ¿Qué haces!

CONDE. Postrarme á tus piés.
(*Lo hace.*)

CONDES. (*Queriendo hacerle levantar.*)
¡No!

FEDER. (¡Cielos!... ¿Y la criolla?)
(*Yéndose.*)
Basta.

LUISA. (*Deteniéndole por el brazo.*)
Otro ratito.

CONDE. ¡Emilia!

CONDES. ¡Alza!
(*Le hace levantar.*)

LUISA. La escena es sabrosa.

CONDE. Serás un ángel del Cielo,
Emilia, si me perdonas.

Yo te he sido infiel... ¿Qué digo?
He sido un necio, un idiota...

FEDER. (¡Se espontanéa!)

CONDE. Pues dueño
de tal tesoro en la propia,
he buscado en casa ajena...

CONDES. No prosigas: sé la historia;
pero el arrepentimiento
mayores crímenes borra
si es sincero como el tuyo.
Yo, que al fin no soy de roca,
¿quién sabe si exacerbada
un dia por la ponzoña
de los celos... ¡Basta! Sea
para los dos provechosa
esta leccion.

LUISA. (*A don Federico.*)
Para todos.

FEDER. Sí; confieso mi derrota.
(*Sale de la casa Carlota; se dirige triste y silenciosa hácia la derecha del foro, y desaparece sin ser vista por los otros interlocutores.*

CONDES. Sí; y no volvamos atrás
la vista; y afuera locas
vanidades; y mujeres
cotizables en lo bolsa...

FEDER. (*Con risa forzada.*)
¡Calle!

CONDE. Y pérfidos amigos...

LUISA. Verbigracia.

FEDER. (*Amoscado.*)
Abur, señora.
(*Desaparece por el foro y Luisa se incorpora á la Condesa y al Conde.*)

ESCENA XX.

LA CONDESA. EL CONDE. LUISA.

LUISA. ¿Entro yo en la proscripcion?

CONDE. No, mujer sublime, heróica...

CONDES. ¡Mi ángel custodio!

CONDE. ¡Mi númen

tutelar!

LUISA. ¡Yo! Me sonrojan
ustedes.

CONDES. ¡Luisa! tu frente
es digna de una corona.

LUISA. ¡Tal anda el mundo, que ya
virtud sublime se nombra
á la práctica sencilla
de la máxima piadosa
que nos dice: ama á tu prójimo
como á tu propia persona!
No. Sin ceñir á mis sienes
esa divina aureola,
harto premio á mis afanes
es el gozo en que rebosa
este corazon al ver
que al redil perdido tornan
dos ovejas descarriadas,
y el himno de la victoria
canta orgulloso una vez,
si tantas suspira y llora,
la perseguida hermandad
de que soy humilde socia.

CONDES. ¡Luisa!

LUISA. ¡Basta!—¡Un paseito...
(Ahora á tí, pobre Carlota.)
(*El Conde y la Condesa de bracero y muy complacidos, desaparecen por el arbolado de la izquierda, y Luisa entra en la casa: al mismo tiempo vuelve á aparecer por el foro Carlota, y se sienta triste y pensativa junto á la mesa rústica.*)

ESCENA XXI.

CARLOTA.

¿Hay mas infeliz mujer?—
¡Eusebio, Eusebio!... ¡Ay de mí!
¿Por qué te he vuelto yo á ver
si por siempre te perdí!
(*Vuelve á su silencio contemplativo. Aparece en el foro don Eusebio.*)

ESCENA XXII.

DON EUSEBIO. CARLOTA.

EUSEBIO. (Vuelvo á mi cautividad...
¿Qué veo?
(*Acercándose apresurado.*)
¡Carlota!
CARLOT. (*Levantándose sobresaltada.*)
¡Oh Dios!
Huiré...
EUSEBIO. ¡Tente, por piedad!
CARLOT. ¡No!
EUSEBIO. Estamos solos los dos.
CARLOT. ¡Ah!
EUSEBIO. ¡Un instante! No pretendo
turbar, mi bien, tu quietud,
ni lazo alevoso tiendo
á tu honor, á tu virtud.
Solo á pedirte perdon
vengo del error funesto
que es causa de tu afliccion.
(*El General que venia por el foro, se detiene oyendo la conversacion.*)
CARLOT. Vete. Es inútil.

ESCENA XXIII.

CARLOTA. DON EUSEBIO. EL GENERAL.

GENER. (¿Qué es esto?)
(*Queda oculto entre los árboles y observa con ansiedad.*)
EUSEBIO. Si anoche en tu ramillete
pusieron mis manos...
GENER. (¡Ah!)
EUSEBIO. El amado brazalete
que en mejores tiempos...
GENER. (¡Ya!)
EUSEBIO. Á tu cariño debí,
no lo atribuyas á un necio

despique, no. Para mí
no hay joya de tanto precio.
Era mi intento con él
excusarte una sorpresa,
¡y quiso el hado cruel...

CARLOT. No prosigas, vete; cesa.
Pues sabes que en el altar
otro mis votos oyó,
ni ya me debes hablar,
ni debo escucharte yo.

EUSEBIO. ¡Ay! Cuando á inmensa ventura
nos llamaba mútua fe
nos separó mi locura:
¡te casaste; me casé!...
Santo deber nos separa;
mas si otra no nos bendijo,
¡oh! no deseches el ara
que en mi corazon te erijo.

LUISA. (*A la puerta de la casa.*)
(Al jardin... ¡Ah!)
(*Retrocede.*)

EUSEBIO. Si fué grave
mi error, y no hay quien le excuse,
¡harto es mayor, Dios lo sabe,
el castigo que me impuse!
¡Funesta boda! Y quizás...
es la tuya mas funesta.

GENER. (¡Ah!)

EUSEBIO. Tu marido...

CARLOT. ¡No más!

GENER. (Oigamos lo que contesta.)

CARLOT. Respetar es mi deber,
sea cual fuere mi suerte,
al que mi dueño ha de ser
hasta su muerte ó mi muerte.
Á mi fé un dia empeñada
en quien tan mal la guardó,
ni por nadie ni por nada
hubiera faltado yo;
y la que nunca traidora
á un amante hubiera sido
más obligada está ahora
á ser fiel á su marido;
que ántes disculpa y remedio
hallara mi inconsecuencia,

y ahora que están de por medio
Dios, mi honor y mi conciencia.

GENER. (¡Oh!)

EUSEBIO. Nada mi amor exige
contra esa virtud severa,
pero tu duelo me aflije
aun mas que el mio, y quisiera...

CARLOT. Eso me sucede á mí;
duelo hay en el alma mia,
duelo que no merecí
y apresura mi agonia;
mas no porque me arrepienta
de un lazo que es mi blason;
no porque mi lábio mienta,
que en él está el corazon;
ni aun por los injustos celos
de que me veo hostigada,
aunque bien saben los Cielos
que no se fundan en nada.

GENER. (¡Justo Dios!)

CARLOT. Vierto este llanto
que enjugar no espero, no,
porque él, con serlo yo tanto,
es mas infeliz que yo.

GENER. (¡Qué oigo!)

CARLOT. El amor que le inspiro
causa su acerbo pesar,
y á verle dichoso aspiro,
¡y no lo puedo lograr!

EUSEBIO. ¿Le amas tú con la ternura
de que un dia objeto fuí...
¡Lloras!

GENER. (¡Calla! ¡Oh desventura!)

CARLOT. ¡Basta! Aléjate de mí.

EUSEBIO. Tanto despego me oprime.
(*Abrese una de las ventanas altas, y por ella asoma Micaela.*)

MICAEL. (¡Este Eusebio tarda ya...)

EUSEBIO. (*Postrándose á los piés de Carlota.*)
¡Oh! dime siquiera, dime
que no me aborreces.

MICAEL. (*Con un grito de sorpresa viendo lo que pasa en el jardin, y retirándose de la ventana al momento.*
¡Ah!
(*El General sale de entre los árboles, dá algunos*

pasos y se para cruzado de brazos. Luisa sale de la casa y se acerca con inquietud á los otros interlocutores, que al pronto nada advierten.)

ESCENA XXIV.

CARLOTA. DON EUSEBIO. EL GENERAL. LUISA.

CARLOT. (*Con imperio.*)
¡ Alce usted !
EUSEBIO. ¿Ni eso merezco
en el dolor que me abisma ?
¡ Carlota!
CARLOT. Yo no aborrezco
á nadie ¡ sino á mí misma !
GENER. ¿ Por qué ?
CARLOT. ¡ Oh Cielos !
EUSEBIO. (*Levantándose.*)
¡ Él !
GENER. (*A Carlota, que iba á retirarse.*)
Espera.
EUSEBIO. No es culpable...
LUISA. (¿ Qué vá hacer ?)
EUSEBIO. La defenderé aunque muera.
GENER. ¿ De quién ? No lo ha menester.
LUISA. ¡ General !...
GENER. Tranquilo estoy.
LUISA. Carlota...
GENER. Todo lo oí.
(*Llega corriendo y furiosa Micaela.*)

ESCENA XXV.

EL GENERAL. CARLOTA. DON EUSEBIO. LUISA. MICAELA.

MICAEL. ¡ Mónstruo ! ¡ Mírame ! ¡ Yo soy !
LUISA. (¡ La otra !)
MICAEL. ¡ Asesinarme así !
EUSEBIO. ¡ Yo soy el asesinado !

MICAEL. ¡Traidor!... ¡Traidores los dos!...
¿No hay quien prenda á ese malvado?
EUSEBIO. ¡Oh!... ¡Adios para siempre, adios!
LUISA. (*Deteniéndole.*)
¡Quieto!
MICAEL. Iré detrás...
LUISA. (*Con tono imperioso.*)
¡Oh!... ¡Quietos
todos!
MICAEL. La ira me abrasa.
LUISA. Yo reclamo los respetos
que se deben á mi casa.—
Cuatro los consortes son
que aquí enzarzados reuno,
y todos tienen razon...
y no la tiene ninguno.
Y aunque imposible parezca,
¡tal las pasiones se ajitan!,
que la paz se restablezca
de que todos necesitan,
yo haré quizá este prodigio
si maridos y mujeres
para fallar su litigio
me confian sus poderes.—
Todos callan. Buen agüero.—
Recto será el tribunal.—
Vamos por partes.—Primero
oigamos al General.
(*Micaela y don Eusebio se sientan á bastante distancia uno de otro, y ambos se muestran tristes y pensativos.*)
GENER. Yo, ni de nadie me quejo
ni con nadie quiero riña.
Hice muy mal siendo viejo
en dar la mano á una niña.
Ciego, como la deidad
á quien dí tardo tributo,
de aquella temeridad
ahora recojo el fruto;
¡y gracias que saco ileso
mi honor del torpe letargo!,
porque el fruto, lo confieso,
aun pudo ser mas amargo.
Pero á Dios, que en la cohorte
fatal contarme no quiso,

plugo darme por consorte
un angel del Paraíso:
mujer cuyo puro labio
con nobleza sin ejemplo
donde temía un agravio
acaba de alzarme un templo:
mujer ya sublime ¡oh Cielos!
con solo haber aguantado
mis impertinentes celos
y mi genio endemoniado;
mujer que víctima ha sido
del mal astro en que nació...,
y en fin digna de un marido
ménos agreste que yo.

CARLOT. ¡Ah! Dios sabe que mi pecho...

GENER. Perdona: pronto concluyo.
No está el deshacer lo hecho
ni en mi poder ni en el tuyo.
Mas no quiero que oprimida
por la vejez que me abruma
esa juventud florida
se marchite y se consuma.
Hoy me separo de tí...

LUISA. ¡Qué escucho!

GENER. No por desvio
ó temor... Es porque así
lo piden tu bien y el mio.
Sí; pues digno yo no soy
de poseer tal tesoro,
la postrer prueba te doy
de la fé con que te adoro.
Goza en libertad honesta
de tus juveniles años,
sin esta carga molesta
de achaques y desengaños;
y vive; lo quiero así;
holgada sino opulenta:
solo quede para mí
el décimo de mi renta;
y aun es mucho, que la gota
á ser sóbrio me ha enseñado,
y á mí me basta, Carlota,
con la racion de un soldado.

CARLOT. ¡Jamás!...

MICAEL. (¡Qué ejemplo!...)

CARLOT. No soy
tan infame...
LUISA. ¡General!...
EUSEBIO. (¡Qué hombre! Avergonzado estoy
de haberle querido mal.)
CARLOT. Á mí, que á labrar no acierto
la dicha del que elegí,
y sin él será un desierto
este mundo para mí,
á mí es á quien solo toca
en un convento encerrada
poner término...
LUISA. ¿Estás loca?
Ni á él ni á tí. Pues ¡ahí es nada!
¡Separarse! ¿Y por qué? ¿Y cuándo
les ocurre ese proyecto?
Cuando pruebas se están dando
de su recíproco afecto.
¡Separarse dos esposos
que se estiman, se compensan,
y que hasta en ser generosos
acordes obran y piensan!..
¡Quién alteró vuestra paz? —
Cada cual su error confiese.—
Él porque era suspicaz;
tú por sentir que lo fuese.
Un tercero entre los dos
se atraviesa...; mas le trajo
la Providencia de Dios,
que echando por el atajo,
ilustrar quiso á la dama
con la prueba del crisol
que mostró pura su fama
como los rayos del sol.
Y él en hora tan propicia
pudo ver sin telescopio
que ni la hacía justicia
ni se la hacía á sí propio.
¿Á qué pues esa partida
ridícula, absurda, infanda,
cuando todo les convida
á vivir como Dios manda?
Tú de sus blancos cabellos,
cariñosa como sueles,
te ufanarás, porque á ellos

ciñe gloriosos laureles:
usted, que ya no es celoso...

GENER. ¡No!

LUISA. Ya no querrá iracundo
ni atentar á su reposo
ni secuestrarla del mundo.

GENER. ¡Si ella me amase... Yo oí
que... otro se lo preguntó...

LUISA. Bien.

GENER. ¡Y no dijo que sí!

CARLOT. ¿Y acaso... dije que no?

LUISA. Ya ve usted;... lengua y semblante
distan de mostrar desden:
mas ¿quién se confiesa amante
de quien no le trata bien?

GENER. Yo juro...

CARLOT. Yo...

LUISA. (¡Qué pelmazos!)
(*Al General mirando á Carlota.*)
Llanto de sus ojos brota...
(*A Carlota.*)
¿Para cuándo son los brazos?

CARLOT. (*Echándose en los del General.*)
¡Esposo mio!

GENER. ¡Carlota!

LUISA. ¡Asi, así! ¡Gracias á Dios!

CARLOT. ¡Luisa!
(*La abraza.*)

GENER. (*Tomando afectuosamente su mano.*)
¡Incomparable amiga!...

LUISA. (*Mostrando el otro matrimonio.*)
¡No mas!—Falta...

GENER. (*Comprendiendo.*)
Ya.

(*Se retira con Carlota por la izquierda dándola el brazo y manifestando los dos sumo placer. Don Eusebio y Micaela se levantan.*)

ESCENA XXVI.

LUISA. MICAELA. DON EUSEBIO.

LUISA. Y van dos.—
Ahora usted. (¡Qué fatiga!)
Á entrambos—¡nadie se enoje!,
si hemos de hablar en razon,
de medio á medio les coge
la antecedente leccion:
y pues su mútuo interés
les aconseja...
MICAEL. ¡Inhumano!
¡Vil! ¡Yo le he visto á los piés
de otra mujer!
LUISA. Pero en vano.
Un recuerdo...
MICAEL. Inoportuno.
LUISA. Justo, natural.
MICAEL. Cruel.
LUISA. ¿No quiso usted á ninguno
antes de quererle á él?
MICAEL. ¡Oh funesto error!
EUSEBIO. ¿Y el mio?
LUISA. Pero...
EUSEBIO. ¡Ay necio!
MICAEL. ¡Ay desdichada!
LUISA. ¿Á qué ese pesar tardío
que ya no conduce á nada?
Que miren cómo y con quién
antes de casarse dos,
y si no les sale bien,
¿qué hacer? Llevarlo por Dios.—
Pero antes que otra locura
aun mas grande los disperse,
con talento y con cordura
pueden llegar á entenderse;
que cuando enferma un consorcio,
de achaques de desamor,
mal remedio es el divorcio,

y el escándalo ¡peor!
Aun los que de amor vehemente
cedieron á la influencia
necesitan un frecuente
toma y daca de indulgencia.
Que no se amen ni se mimen
si uno al otro no conviene,
mas siquiera ¡que se estimen
por la cuenta que les tiene!
y pues ya dobló sus cuellos
la coyunda, pese al diablo!...
tengan presente ellas y ellos,
la epístola de San Pablo.
Esto vale contra el duende
más que todos los conjuros,
y solo así se comprende
aquello de los seguros.

MICAEL. Su palabra es eficaz...

EUSEBIO. Porque en la razon se encierra.

MICAEL. Y yo deseo la paz.

EUSEBIO. Y yo no quiero la guerra.

LUISA. Pero *gratis et amore*
no se logrará el nivel...
(*Á Micaela.*)
¿Qué exige usted?

MICAEL. Que me adore
como yo le adoro á él.

LUISA. (*En voz baja á Micaela.*)
Por fuerza á nadie se adora;
y la fé no se cohecha;
y no hay que olvidar, señora,
lo que va de fecha á fecha.

MICAEL. (Ah!)

LUISA. (*A don Eusebio.*)
¿Usted. .

LUSEBIO. Que dé á Barrabás
la musa, el plectro y el canto,
y me considere más,
¡y no me requiebre tanto!

LUISA. (*Aparte á don Eusebio.*)
La pobre no es maravilla
que de su triunfo haga alarde.
(*Aparte á Micaela.*)
La mujer que al hombre humilla
lo paga temprano ó tarde.

(*Aparte á don Eusebio.*)
Un poco de tolerancia.
(*Aparte á Micaela.*)
La poesía es gran cosa.
(*Aparte á don Eusebio.*)
La vejez es otra infancia.
(*Aparte á Micaela.*)
Pero el matrimonio es prosa.
(*Aparte á don Eusebio.*)
Haga usted en su provecho
de necesidad virtud.
(*Aparte á Micaela.*)
Lo que por amor no ha hecho
hágalo por gratitud.

MICAEL. Siempre pensó mi ternura
nombrarle único heredero,
y hoy mismo haré la escritura...

EUSEBIO. No la admito, no la quiero.

LUISA. ¿Por qué? Lo hace de buen grado...

EUSEBIO. En vez de esa condicion,
para vivir á su lado
ponga otra, *sine qua non.*

MICAEL. ¿Cuál? (Tengo el alma en un hilo.)

LUISA. ¿Cuál?

EUSEBIO. Nada injusto reclamo.
Harto tiempo fuí pupilo:
de hoy mas quiero ser el amo.

LUISA. ¡Oh! Sí; él debe ser cabeza...

MICAEL. No hay miedo que yo lo impida.—
Además, así lo reza
la epístola consabida.

LUISA. Su decoro...

MICAEL. En eso estoy.

LUISA. Tambien lo exije.

MICAEL. El de entrambos.—
Aun más: renuncio desde hoy
á idilios y ditirambos.

LUISA. ¡Bravo!

EUSEBIO. (¡Ya no soy Mireno!)

MICAEL. Dicte pues el tribunal
nuestra sentencia.

LUISA. Os condeno...
á un abrazo muy cordial.
(*Micaela corre á los brazos de don Eusebio.*)

MICAEL. ¡Ah! Con vida y alma.

EUSEBIO. Y yo:
MICAEL. ¿Me amas?
EUSEBIO. Sí.
MICAEL. ¡Oh gozo imprevisto!
EUSEBIO. (¡Cómo ha de ser! Mas pasó
por nosotros Jesucristo.)
(*Aparecen por entre los árboles los otros dos matrimonios.*)
LUISA. (¡Y van tres!) No lo creyera.
Me abruma tanto trofeo.)
El almuerzo nos espera.
EUSEBIO. Vamos.
MICAEL. ¡Gloria al Himeneo!

ESCENA XXVII.

LUISA. CARLOTA. DON EUSEBIO. EL GENERAL. LA CONDESA. EL CONDE.

GENER. ¡Gloria á Luisa!
CONDE. ¡Viva!
TODOS. ¡Viva!
LUISA. Esos vítores, no á mí,
queridos;
(*Mirando al cielo.*)
al que está arriba
se deben...
CONDES. ¡Y á tí!
CARLOT. ¡Y á tí!

ESCENA ULTIMA.

LUISA. MICAELA. DON EUSEBIO. CARLOTA. EL GENERAL. LA CONDESA. EL CONDE. MARTIN.

LUISA. ¿Qué hay?
MARTIN. El amo.....
LUISA. Mi marido!...
MARTIN. Llega ahora mismo.
LUISA. ¡Oh ventura!
EUSEBIO. No podia haber venido
en mas feliz coyuntura.
LUISA. Y al triunfo de que me engrío
¿cupiera mas dulce premio?—
Volemos... ¡Gracias, Dios mio!...
que yo tambien soy del gremio.

FIN DE LA COMEDIA.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO.

Madrid 23 de Diciembre de 1851.

Aprobada y devuélvase.

Juan Valero y Soto.

Artículos de los Reglamentos orgánicos de Teatros, sobre la propiedad de los autores ó de los editores que la han adquirido.

«El autor de una obra nueva en tres ó mas actos percibirá del Teatro Español, durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señala, el 10 por 100 de la entrada total de cada representacion, incluso el abono. Este derecho será de 3 por 100 si la obra tuviese uno ó dos actos.» *Art.* 10 *del Reglamento del Teatro Español de* 7 *de febrero de* 1849.

«Las traducciones en verso devengarán la mitad del tanto por ciento señalado respectivamente á las obras originales, y la cuarta parte las traducciones en prosa.» *Idem art.* 11.

«Las refundiciones de las comedias del teatro antiguo, devengarán un tanto por ciento igual al señalado á las traducciones en prosa, ó á la mitad de este, segun el mérito de la refundicion.» *Idem art.* 12.

«En las tres primeras representaciones de una obra dramática nueva percibirá el autor, traductor, ó refundidor, por derechos de estreno, el doble del tanto por ciento que á la misma corresponda. *Idem art.* 13.

«El autor de una obra dramática tendrá derecho á percibir durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señale, y sin perjuicio de lo que en ella se establece, un tanto por ciento de la entrada total de cada representacion, incluso el abono. El maximum de este tanto por ciento será el que pague el Teatro Español, y el minimum la mitad.» *Art.* 59 *del decreto orgánico de Teatros del Reino, de* 7 *de febrero de* 1849.

«Los autores dispondrán gratis de un palco ó seis asientos de primer órden en la noche del estreno de sus obras, y tendrán derecho á ocupar tambien gratis, uno de los indicados asientos en cada una de las representaciones de aquellas.» *Idem art* 60.

«Los empresarios ó formadores de Compañías llevarán libros de cuenta y razon, foliados y rubricados por el Gefe Político, á fin de hacer constar en caso necesario los gastos y los ingresos.» *Idem art* 78.

«Si la empresa careciese del permiso del autor ó dueño para poner en escena la obra, incurrirá en la pena que impone el art. 23 de la ley de propiedad literaria.» *Idem art.* 81.

«Las empresas no podrán cambiar ó alterar en los anuncios de teatro los títulos de las obras dramáticas, ni los nombres de sus autores, ni hacer variaciones ó atajos en el testo sin permiso de aquellos; todo bajo la pena de perder, segun los casos, el ingreso total ó parcial de las representaciones de la obra, el cual será adjudicado al autor de la misma, y sin perjuicio de lo que se establece en el artículo antes citado de la ley de propiedad literaria.» *Idem art.* 82.

«Respecto á la publicacion de las obras dramáticas en los teatros, se observarán las reglas siguientes:

1.ª Ninguna composicion dramática podrá representarse en los teatros públicos sin el previo consentimiento del autor.

2.ª Este derecho de los autores dramáticos durará toda su vida, y se transmitirá por veinte y cinco años, contados desde el dia del fallecimiento, á sus herederos legítimos, ó testamentarios, ó á sus derecho-habientes, entrando despues las obras en el dominio público respecto al derecho de representarlas.» *Ley sobre la propiedad literaria de* 10 *de junio de* 1847, *art.* 17.

«El empresario de un teatro que haga representar una composicion dramática ó musical, sin previo consentimiento del autor ó del dueño, pagará á los interesados por via de indemnizacion una multa que no podrá bajar de 1000 reales ni esceder de 3000. Si hubiese ademas cambiado el título para ocultar el fraude, se le impondrá doble multa.» *Idem art.* 23.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS Á TODA ORQUESTA.

Los dos Venturas.
Diez mil duros!!
De este mundo al otro.
La hechicera.
Buenas noches, señor don Simon.
El novio pasado por agua.
Por seguir á una muger.
El Campamento.
Tribulaciones!!
El sacristan de San Lorenzo.
El duende.
El duende, segunda parte.
Las señas del archiduque.
Colegialas y soldados.
Tramoya.
Gloria y peluca.
Palo de ciego.
Misterios de bastidores.
La venganza de Alifonso.
El suicidio de Rosa.
La pradera del canal.
El marido de la mujer de D. Blas.
Salvador y Salvadora.
El alma en pena.
La noche-buena.
Una tarde de toros.
Partitura del duende, para piano y canto.

OBRAS.

Diccionario de la legislacion mercantil de España, por D. Pablo Avecilla.
Legislacion militar de España, por D. Pablo Avecilla.
Código penal reformado, ilustrado y anotado con citas y tablas de penas.

PUNTOS DE VENTA.

En Madrid: en las librerias de Cuesta, calle Mayor; Monier, Carrera de San Gerónimo; Rios, y Perez, calle de Carretas.

EN PROVINCIAS.

Adra. . . .	D. Francisco Barranco Medina.
Albacete. . .	Nicolas Herrero y Pedron.
Alcalá. . . .	Benigno García Anchuelo.
Alcoy. . . .	José Martí y Roig.
Algeciras. . .	Clemente Arias.
Alicante. . .	Pedro Ibarra.
Almería. . .	Mariano Alvarez.
Andujar. . .	Domingo Caracuel.
Antequera. .	Joaquin Maria Casaus.
Aranjuez. . .	Gabriel Sainz.
Avila. . . .	Juan Antonio Gomez.
Avilés. . . .	Ignacio García.
Badajoz. . .	Sra. Viuda de Carrillo.
Baena. . . .	Francisco Fernandez.
Baeza. . . .	Manuel Alambra.
Barcelona. .	Juan Oliveres.
Idem.	José Piferrer y Depaus.
Baza.	Joaquin Calderon.
Bejar	Vicente Alvarez.
Benavente. .	Pedro Fidalgo Blanco.
Berja. . . .	Nicolas del Moral.
Bilbao. . . .	Nicolas Delmas.
Burgos. . . .	Sergio Villanueva.
Cáceres. . . .	José Valiente.
Cádiz.	Severiano Moraleda.
Calatayud. . .	Bernardino Azpeitia.
Carmona. . .	José María Moreno.
Cartagena. . .	Vicente Benedicto.
Castellon. . .	Remigio Moles.
Cervera. . . .	Joaquin Gasset.
Chiclana. . .	Manuel Alvarez Sibello.
Ciudad-Real.	Antonio Mexía.
Cdad-Rodrig.	Salomé Perez.
Córdoba . . .	Juan Manté.
Coruña. . . .	José Lago.
Cuenca. . . .	Pedro Mariana.
Écija.	Ciriaco Jimenez.
Figueras. . .	Jaime Bosch.
Gerona. . . .	Narcisa Grasses.
Gijon.	Vicente de Escurdia.
Granada. . . .	José María Zamora.
Guadalajara.	Fermin Sanchez.
Guardamar. .	Joaquin Muñoz.
Habana. . . .	Charlain y Fernandez.
Huelva. . . .	Osorno é hijo.
Huesca. . . .	Bartolomé Martinez.
Igualada. . .	Joaquin Jover y Serra.
Jaen	José Sagrista.
J. la Frontra.	José Bueno.
Leon.	Manuel Gonzalez Redondo.
Lérida. . . .	Manuel de Zara y Suarez.
Lisboa. . . .	Silva Junior.
Logroño. . .	Ciriaco Verdejo.
Loja.	Juan Cano.
Lorca. . . .	Francisco Delgado.
Lugo.	D. Manuel Pujol y Masia.
Lucena	José Jimenez.
Málaga. . . .	Francisco de Moya.
Manila. . . .	Ramon Somoza.
Manresa. . .	Manuel Sala.
Manzanares. .	Dimas Lopez
Medina Sidon.	Hilario de Pina.
Motril.	José Joaquin Batlle.
Murcia. . . .	Antonio Molina.
Orense. . . .	José Ramon Perez.
Oviedo. . . .	Bernardo Longoria.
Palencia. . . .	Gerónimo Camazon.
Palma. . . .	Pedro José García.
Pamplona. .	Ignacio Garcia.
Paris.	Boix y Compañia.
Plasencia. . .	Isidro Pis. . .
Pontevedra. .	Juan Verea y Varela.
Priego. . . .	Gerónimo Caracuel.
P. Sta. María.	José Valderrama.
Requena. . .	Antolin Penen.
Reus.	Juan Bautista Vidal.
Rivadeo. . .	Francisco F. de Torres.
Ronda. . . .	Rafael Gutierrez.
Salamanca. .	Telesforo Oliva.
S. Fernando.	José Tellez de Meneses
San Lucar. .	José Maria Espez.
Sta. Cruz Tf.	Pedro M. Ramirez.
S. Sebastian.	Sres. Domercq y Sobrino.
Santander. .	Clemente Maria Riesgo.
Santiago. . .	Sres. Sanchez y Rua.
Segovia. . . .	Eugenio Alejandro.
Sevilla. . . .	Cárlos Santigosa.
Idem.	Juan Antonio Fé.
Soria.	Francisco Perez Rioja.
Talavera. . .	Angel Sanchez de Castro.
Tarragona . .	Antonio Puigrubí y Canals.
Teruel. . . .	Vicente Castillo.
Toledo. . . .	José Hernandez.
Toro.	Alejandro Rodrig. Tejedor.
T. de Cuba.	Meliton Franc. de Revenga.
Tuy.	Francisco Martinez Gonzalez
Valencia. . .	Francisco Mateu y Garin.
Idem.	Francisco de P. Navarro.
Valladolid. .	José M. Lezcano y Roldan.
Valls.	Cayetano Badía.
Velez Málaga	Mariano Cebrian.
Vich.	Ramon Tolosa.
Vigo.	José María Chao.
Vill. y Geltrú	José Pers y Ricard.
Vitoria. . . .	Bernardino Robles.
Ubeda. . . .	Francisco de P. Torrente.
Zafra	Juan de Dios Hurtado.
Zamora. . .	Manuel Conde.
Zaragoza . .	Pascual Polo.

El Círculo Literario Comercial se halla establecido en la calle de Fuencarral, casa Astrarena.